



Johanna von Grafenstein Gareis

“Insurgencia y contrainsurgencia en el golfo de México,  
1812-1820”

p. 185-228

*La Independencia de México y el proceso autonomista  
novohispano 1808-1824*

Virginia Guedea (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/

Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora

2001

458 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 36)

ISBN 968-36-9011-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/385/independencia\\_autonomista.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/385/independencia_autonomista.html)

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## INSURGENCIA Y CONTRAINSURGENCIA EN EL GOLFO DE MÉXICO, 1812-1820

JOHANNA VON GRAFENSTEIN GAREIS\*

El presente trabajo se propone explorar el papel del golfo de México y de sus costas en la lucha independentista, así como su importancia como zona de defensa contrainsurgente. Nos interesa documentar la percepción del mar y sus litorales como zona estratégica tanto para los insurgentes como para los realistas y, en segundo lugar, mostrar las medidas y acciones que ambos campos emprendieron para asegurarse el control sobre la misma.

En cuanto a la definición física del espacio en cuestión, es importante señalar que su extensión, en la segunda década del siglo XIX, iba mucho más allá de las actuales fronteras de México, ya que comprendía las costas de Texas y de la península de la Florida, y que también estaba en juego el territorio de la Luisiana —cedido por España en 1800 a Francia y vendido a su vez por esta potencia a los Estados Unidos en 1803— cuya delimitación fronteriza estaba en disputa entre España y la Unión Americana.

Para el análisis que haremos se debe tomar en cuenta que la importancia de esta zona residía en su carácter limítrofe, en su carácter de zona de contacto, en alto grado permeable a la introducción de elementos subversivos del orden colonial, al mismo tiempo que se trataba de un territorio muy extendido, poco poblado y, por ende, de difícil defensa. Formaba parte de una región que hemos llamado Circuncaribe y que comprendía el golfo de México y mar Caribe, sus islas y costas continentales, desde la Florida hasta las Guyanas.

En la lógica imperial de España se trataba de un espacio marítimo que era esencial para salvaguardar el orden colonial en América. Su intenso tráfico comercial y militar le confería un valor estratégico muy alto. Especialmente importante era lo que podríamos llamar el eje Veracruz-La Habana, así como el paso por el canal de Bahamas, principal salida en el regreso hacia Europa. Embarcaciones civiles y de guerra transportaban en esta ruta de navegación recursos metálicos y en

\* Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora.

especie de enorme valor. Hay que recordar que el virreinato de la Nueva España todavía fungía, aunque fuera sólo nominalmente, como centro financiero de las posesiones españolas en el área: Santo Domingo, Puerto Rico, las Floridas, Cuba. Los ricos cargamentos de los barcos particulares, sobre de todo de plata y frutos preciosos como la vainilla, grana y añil, despertaban la codicia de corsarios y piratas.

Por otra parte, al considerar el golfo de México y el mar Caribe como un espacio intercomunicado y conformando una gran región, es también importante tomar en cuenta que en sus costas se encontraban las principales entradas a los dominios coloniales de América, así como sus principales puntos de defensa. Éstos eran: San Agustín y Panzacola en las Floridas; San Juan de Ulúa en la costa novohispana; Laguna de Términos, Campeche y Bacalar en las costas de la península de Yucatán; Trujillo y Omoa en las centroamericanas; Cartagena, Santa Marta, Río Hacha, Maracaibo, la Guaira y Cumaná en los litorales de América del Sur. Como punto nodal, desde la perspectiva del control militar, fungía La Habana, sede de las fuerzas navales de la corona española en América.

Para la insurgencia hispanoamericana, por el otro lado, el Golfo-Caribe y sus litorales constituían una importante área de confluencia de esfuerzos, emprendidos para debilitar el poder español: en primer lugar, vía ataques al comercio, es decir, vía la práctica del corso y, en segundo, por medio de expediciones armadas dirigidas a costas novohispanas, centro y sudamericanas. En este contexto, Haití se encontraba en una posición geográfica ventajosa como punto de escala para incursiones armadas a tierras continentales. Coincidió esta ubicación central entre las costas mexicanas y las de América del Sur con la existencia de gobiernos independientes en la isla que ofrecieron en repetidas ocasiones apoyo material y humano.

#### LA INSURGENCIA EN LAS COSTAS Y EL MAR:

##### EXPEDICIONES Y CORSO, DOS VÍAS PARA HOSTILIZAR A ESPAÑA EN EL GOLFO

Para realizar sus actividades “subversivas”, es decir, la preparación de expediciones armadas y el corso, los insurgentes y sus aliados se establecieron en diferentes puntos del Circuncaribe: las islas de Barataria en el delta del Mississippi; Matagorda y la isla de Galveston en la costa de Texas, y, aunque por poco tiempo, en la isla de Amelia en la costa oriental de la península de Florida. Estos lugares eran refugios, puntos de escala, almacenes de cargamentos capturados, “mercado y feria de las presas que se hacen a nuestro comercio”, como denuncia el

intendente de La Habana, Alejandro Ramírez. En el caso de los cuatro lugares mencionados se trataba de islas y parajes costeros de muy poca extensión, despoblados y desprovistos de recursos propios. Lo importante era su ubicación cerca de rutas de navegación (Veracruz-Tampico-Nueva Orleans-La Habana), la facilidad de su defensa y de desalojamiento. De hecho, no eran accesibles para grandes barcos de guerra, a causa de la poca profundidad de las aguas y de lo extendido de los bancos de arena que los rodeaban y que sólo permitían la llegada de pequeñas embarcaciones.

También es importante resaltar los estrechos vínculos que guardaban los “establecimientos piráticos” de Matagorda, Galveston, Barataria y Amelia con puertos norteamericanos, especialmente Baltimore, Norfolk, Nueva Orleans, Nueva York y Filadelfia. Tenemos recopilados numerosos casos tomados de la correspondencia realista e insurgente que comprueban estos vínculos. El ministro plenipotenciario de España en los Estados Unidos, Luis de Onís, por ejemplo, denuncia en repetidas ocasiones que el puerto de Baltimore fungía como “punto de unión para las expediciones revolucionarias de los insurgentes con destino a Boquilla de Piedra y la costa mexicana, conduciendo reclutas de todas naciones bajo las ordenes de los rebeldes”.

*La presencia de los insurgentes en las costas laterales de Veracruz durante los años de 1812 a 1817*

Los insurgentes mexicanos hicieron muchos esfuerzos por establecer contacto con puertos de los Estados Unidos y los establecimientos piráticos mencionados.<sup>1</sup> Para ello, el control de los litorales de Veracruz y Tampico constituyó un objetivo importante en los años 1812-1820. A continuación, haremos un breve repaso de la presencia de los rebeldes en la costa de Barlovento en diferentes momentos durante la gue-

<sup>1</sup> En general, hay muchas evidencias de la preocupación por parte de los insurgentes de mantener canales de comunicación con Estados Unidos, no sólo para aprovisionarse de materiales bélicos, sino también para conocer noticias concernientes a la metrópoli o a movimientos de insurgentes de América del Sur. Por ejemplo, en una carta fechada en la provincia de Tecpan el 20 de noviembre de 1818 y dirigida a Juan Pablo Anaya, se agradece el envío de varios impresos, entre ellos cuatro ejemplares de la *Gazeta* y seis números del *Noticioso General*, que contenían información sobre la expedición que preparaba Gregor Mc Gregor en Estados Unidos, aunque no se podía deducir si ésta se dirigía “a Caracas o a esta América”. Otra noticia que despertaba interés era la posible ruptura de las negociaciones entre España y Estados Unidos. De este desentendimiento se esperaban ventajas para la insurgencia mexicana, ya que sus aliados en el país vecino encontrarían con mayor facilidad protección y ayuda. Archivo General de la Nación, México (en adelante AGNM), *Operaciones de Guerra*, v. 933, f. 152-153.

rra, para después analizar más en detalle los objetivos que los guiaron en sus esfuerzos por tener en su poder ciertos puntos estratégicos.

En cuanto al primer tema, la documentación reunida permite ver que, para mediados de 1812, el control de los litorales de Veracruz por los insurgentes fue casi total. En el Sotavento “la insurrección se dilataba hasta la Provincia de Oaxaca, con pérdida de los pueblos todos de la subdelegación de Cosomalupán”, además del rumbo que corre de la barra de Alvarado hasta Tlacotalpan, con gran perjuicio del abasto del puerto de Veracruz con frutos y subsistencias que venían en gran parte de esta zona.<sup>2</sup> En la costa misma, los realistas solamente controlaban una muy pequeña porción en el distrito de Alvarado, además de que las comunicaciones en esta parte de la provincia y con la capital estaban del todo interrumpidas.<sup>3</sup>

Un panorama similar reporta el gobernador del puerto para la costa norte que se encontraba “en completa insurrección”, con excepción de Tuxpan y Tampico.<sup>4</sup> En el primero de estos dos lugares, los “principales vecinos” se habían organizado desde noviembre de 1810 y realizado varios proyectos para poner en estado de defensa “este interesante punto sin gravamen de la Real Hacienda”.<sup>5</sup> Sobre todo la creación de una compañía de patriotas en 1811 no dejó prosperar la insurrección en Tuxpan. No queda del todo claro cuál fue el papel que tuvo este cuerpo de voluntarios durante el sitio al que los insurgentes sometieron<sup>6</sup> al lugar, del 19 al 28 de julio de 1812. El hecho es que éstos fueron rechazados y “aprehendieron su acostumbrada fuga, dejando en el campo su artillería y municiones”.<sup>7</sup>

<sup>2</sup> El gobernador de Veracruz, Juan M. de Soto, al virrey Francisco Xavier Venegas, Veracruz, 25 de agosto de 1812, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 992, f. 255-261. La ofensiva realista, al cargo del teniente de fragata, Juan Topete, ordenada por el gobernador, permitió, sin embargo, lograr algunos “progresos en contra de los rebeldes en Tlacotalpan y sus fronteras,” recuperándose Cosomalupán con varios pueblos y haciendas. AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 992, f. 255v-261, y los mismos, Veracruz, 27 de agosto, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 992, f. 265-266.

<sup>3</sup> José de Quevedo a Venegas, Veracruz, 21 de junio de 1813, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 692, f. 291.

<sup>4</sup> El gobernador de Veracruz a Venegas, 26 de agosto de 1812, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 692, f. 262-263.

<sup>5</sup> Montaron tres cañones de a cuatro, nombrando los individuos necesarios para su manejo; equiparon un barco de guerra para la defensa del puerto y organizaron la compañía de patriotas con 132 integrantes. El gobernador de Veracruz a Venegas, Veracruz, 26 de agosto de 1812, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 992, f. 262-264, y los mismos, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 992, f. 283-300.

<sup>6</sup> AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 992, f. 262. El número de los atacantes era de 3 000 hombres.

<sup>7</sup> Venegas al gobernador de Veracruz, México, 4 de noviembre de 1812, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 992, f. 300.

Un testimonio interesante acerca de la presencia de los rebeldes en la costa de Barlovento en la segunda mitad de 1812 es el del cura de Tlapacoyan, Manuel Ignacio Hernz, quien fue hecho prisionero por los insurgentes en septiembre de este año y obligado a administrar los sacramentos en Tecolutla y Papantla, de donde pudo fugarse en diciembre.<sup>8</sup> Nautla, informa el cura, estaba comandado por José Aguilar, quien quería hacer del lugar un presidio; las armas con las que contaban los insurgentes en este pueblo ascendían a cincuenta escopetas y fusiles y un cañón de a cuatro, situado en la barra. Por las frecuentes entradas y salidas no pudo hacer un cálculo exacto de la gente adicta a ellos en este lugar, pero era bastante, y estaba

muuy empedernida con la causa que siguen, particularmente los negros que ven con odio a todo blanco aunque sea criollo, pues a unos que bajaron de Guachinango con el objeto de ver el mar, llevando pasaporte de uno de sus cabecillas, los pusieron presos y fue necesario mucho empeño para que consiguiesen su libertad.<sup>9</sup>

Tecolutla se encontraba bajo las órdenes de Abad y Guzmán; sus fuerzas constaban de un cañón de a cuatro reformado, un pedrero y como 60 armas de fuego. Un europeo prisionero, quizá un andaluz, les estaba enseñando el ejercicio del cañón. Tenían la intención de pasar a los Estados Unidos para volver cargados de armas, pero otro prisionero, un teniente de fragata, estaba tratando de hacerles ver los peligros que esto significaba. En Misantla, prosigue el cura en su informe, “toda la indiada y la mayor parte de gente de razón están insurgentada, pero que no sabía el número ni qué clase de armas tendrán”. En Papantla, por otra parte, había un cañón de a cuatro colocado en la torre de la iglesia y un pedrerito. Alrededor de “200 hombres de varias castas sin incluir la de indios” estaban con los insurgentes allí, de los que tendrían armas como 50 ó 60. Pero pensaba que los

<sup>8</sup> Pablo José Llenin de la Torre al señor coronel y gobernador en segundo don Miguel de Vergara, Tesuitlán, 24 de diciembre de 1812, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 880, f. 279-282.

<sup>9</sup> AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 880, f. 280. También en la región de Córdoba muchos esclavos huidos de las haciendas engrosaron las filas de los insurgentes. En marzo de 1812 se temía un ataque a la villa por las esclavonías de los trapiches en los alrededores (de las haciendas de San Francisco y Concepción de Palmillas), “que han levantado el grito contra sus amos” y los esclavos “dispersos por la sierra en camino a Zongolica”. Miguel Paz al mariscal de campo Carlos de Urrutia, Orizaba, 6 de marzo de 1812, y José Francisco Quintero al sargento mayor, comandante de armas, Miguel Paz, Córdoba, 6 de marzo de 1812, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 888, f. 61-67. Sobre alzamientos y fugas de esclavos en la región de Córdoba en los años 1812-1818, cf. Adriana Naveda Chávez-Hita, *Esclavos negros en las haciendas azucareras de Córdoba, Veracruz, 1690-1830*, Jalapa, Universidad Veracruzana, Centro de Investigaciones Históricas, 1987, p. 152-161.

más eran adictos a la justa causa, con excepción de un barrio al mando del “bribón del indio Serafino Olarte”, que este grupo contaba con bastantes armas de fuego y que estaban aun planeando un ataque por mar a Nautla y Tecolutla.

En junio de 1813, la situación era bastante crítica para los rebeldes en la costa de Barlovento; según fuentes insurgentes, el departamento de Veracruz se encontraba “en deplorable estado, próximo a sucumbir a los enemigos”.<sup>10</sup> Desde Tuxpan, las fuerzas realistas habían atacado Tecolutla e Ignacio Rayón pedía ayuda a Morelos para “limpiar esta costa de los enemigos”.<sup>11</sup> Rivalidades entre los jefes de la insurgencia llevaron a acusaciones mutuas. Por ejemplo, se pedía la sustitución de Nicolás Bravo porque, por su culpa, “toda la costa se ha pasado al enemigo”.<sup>12</sup> A pesar de las dificultades, varios puntos seguían en poder de los insurgentes, como Misantla, o se lograron tomar, como Boquilla de Piedra, según la información esporádica que logramos consultar al respecto.<sup>13</sup>

Hacia octubre de 1816, la presencia de las fuerzas rebeldes en el nordeste y este del virreinato se había afianzado y constituía una amenaza muy grande, como indican fuentes realistas: al nordeste de Tullancingo, en la jurisdicción de Huejutla, en la Huasteca, José Joaquín Aguilar encabezaba un grupo de insurgentes al que se habían unido otros de Zacatlán y Huachinango. Su radio de acciones llegaba hasta Tampico y aun mantenían relaciones con los rebeldes de Misantla y Boquilla de Piedra.<sup>14</sup> También el distrito que mediaba entre Puebla y las villas de Orizaba y Córdoba, por el valle de San Andrés, se encontraba “a la merced de los rebeldes”,<sup>15</sup> que ocupaban además gran parte de la tierra caliente entre Jalapa y la ciudad de Veracruz, de ambos lados del camino que unía los dos lugares, obstruyendo con mucho éxito su comunicación.<sup>16</sup> Un importante punto fortificado había erigido Guadalupe Victoria en el cerro de Iquimite, en las inmediaciones

<sup>10</sup> “Contestaciones de los rebeldes de Nueva España para entablar negociaciones con los ingleses, anglo-americanos y con los negros de Santo Domingo hallados entre los papeles sorprendidos a Morelos en Puruarán y Tlacotepeque, número 6”, en AGI, *México* 1482, cuaderno n. 3.

<sup>11</sup> *Ibidem*, n. 7.

<sup>12</sup> *Ibidem*, n. 6.

<sup>13</sup> Cf. José Antonio Pedroza a Ignacio López Rayón, Nautla, 21 de junio de 1814, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 933, f. 88; José María Echeagaray, gobernador interino de Veracruz, a Félix Calleja, Veracruz, 15 de enero de 1816, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 951, f. 192-194.

<sup>14</sup> El virrey Juan Ruiz de Apodaca al ministro de Guerra, México, 31 de octubre de 1816, José R. Guzmán, “Boquilla de Piedra, Misantla y Nautla en la guerra de Independencia”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, v. XIII, 1972-1976, p. 252.

<sup>15</sup> *Idem*.

<sup>16</sup> Manuel Rincón a Apodaca, Jalapa, 7 de octubre de 1816, *ibidem*, p. 260.



de la villa de Orizaba, teniéndola medio bloqueada. Otra fortificación se encontraba camino a Actopan, en un cerro inmediato a Naolinco. También en la costa habían cortado la comunicación entre Veracruz y Tuxpan, y tenían en esta parte varios puntos fortificados, entre ellos Boquilla de Piedra, por donde se comunicaban con los “piratas y facciosos de la Luisiana que les suministraban armas, municiones, gente y todo género de auxilios”.<sup>17</sup> El carácter internacional de las fuerzas que se encontraban en Boquilla en el momento de su reconquista por los realistas en noviembre de 1816 muestra muy claramente este papel de centro de comunicación con el exterior, almacén de pertrechos de guerra y destino de expediciones corsarias.<sup>18</sup> De los 400 hombres que defendían el puerto, 100 eran corsarios.<sup>19</sup> Para el comercio marítimo que practicaban los rebeldes era especialmente importante Misantla, cuya producción de vainilla, pimienta, zarcaparilla y pita les permitía obtener ingresos por 100 000 pesos anuales y sostener así la insurrección.<sup>20</sup>

También en la correspondencia sostenida por varios jefes de la zona con Guadalupe Victoria en los meses de septiembre y octubre de 1816 encontramos información interesante sobre los pueblos del interior y de la costa que controlaban los insurgentes para entonces.<sup>21</sup> El jefe local de Zongolica, por ejemplo, reporta la exitosa promoción de la desertión entre los realistas, pero al mismo tiempo informa sobre los escasos fondos con los que cuenta la tropa en este lugar y pide la entrega de 100 fusiles; de Boquilla escribe Cornelio Ortiz de Zárate, secretario particular de José Manuel de Herrera, que no ha encontrado aún “ocasión de buque” para trasladarse a Galveston; de Huatusco, Patricio Fernández Giraldes hace un informe detallado sobre el suministro de provisiones a los diferentes lugares: que remitió a la fortaleza de Acazónica una regular porción de totopo, que desde Coscomatepec Antonio de Sesma socorre a Monteblanco, además de que estaba trabajando en los negocios de harinas de Tavera. En Fuerte sobre las Villas, Manuel Múzquiz se enfrenta a la necesidad de una “expedición algo seria” para proporcionar a las tropas los víveres y dinero que necesitan, “pues de la Barranca a Córdoba no hay una res, porque todas las

<sup>17</sup> Apodaca al ministro de Guerra, México, 31 de octubre de 1816, *ibidem*, p. 252.

<sup>18</sup> De los nueve prisioneros de guerra dos eran franceses, uno venía de Filadelfia, otro de Nueva Orleans y otro de la Martinica. Las “patrias” de los demás eran Cuba, Islas Terceras, San Luis Potosí y Nofuguet (?). José Antonio Rincón, Boquilla de Piedra, 25 de noviembre de 1816, *ibidem*, p. 265.

<sup>19</sup> José Antonio Rincón a Apodaca, Campo de Batalla de Boquilla de Piedra, 28 de noviembre de 1816, *ibidem*, p. 267.

<sup>20</sup> Rincón a Apodaca, *ibidem*, p. 260.

<sup>21</sup> Correspondencia sostenida por varios jefes insurgentes con Guadalupe Victoria, *ibidem*, p. 236-244.



hemos tomado y cerca de Orizaba que es donde hay, el coronel Couto ha oficiado para que no vayan las caballerías de aquí". De Tenejapa Bernardo Portas manda felicitaciones a Victoria por su reciente ascenso al grado de general, "asegurándole mi complacencia, a cuyos regocijos me han acompañado en sus demostraciones las autoridades y vecinos de Zongolica, a cuya imitación los demás pueblos lo han celebrado sobre manera, como afectos a la persona de V. E. y como agradecidos a sus afanes". Reporta también la situación de las tropas de Terán, quien se encontraba "muy enfermo de calenturas" y tuvo por ello que regresar de Teotila a Tehuacán, pero que tenía planes "de bajarse por Jalacingo a Nautla, con el objeto de entablar comunicación con los americanos y ver si logra hacerse de la Provincia del mando de V. E. sobre sus ruinas, cuales supone muy fáciles, como si V. E. no pensara también[...]" Finalmente pide permiso para formar una compañía de caballería, ya que en Tenejapa<sup>22</sup> había cuantiosos y buenos pastos y en las haciendas podría reunir muchachos útiles que armaría con fusiles y sables que Victoria le debería proporcionar. Mariano Lascano informa finalmente desde Naolinco que tenía planeado marchar sobre Jilotepec y Jalapa con el objeto de conseguir algún maíz; que de Nueva Orleans habían llegado noticias sobre Mina, quien ya se encontraba en la mar con 10 000 hombres, "que éstos se dirigían a bloquear a Veracruz que su ánimo era desembarcarse por Boquilla de Piedra para reunirse con el General Victoria, que una división había de atacar por mar y otra por tierra".

Ambas fuentes, la realista y la insurgente, dejan ver el control casi completo de la costa, de sus caminos y de las comunicaciones entre Veracruz, Jalapa, Córdoba y Orizaba que tenían los rebeldes en octubre de 1816. En un balance que hizo el virrey Apodaca en junio de 1817, se refirió en las siguientes palabras a esta situación:

[la provincia de Veracruz se hallaba] ahora nueve meses inundada de rebeldes envalentonados y llenos de audacia por las ventajas que habían logrado sobre las tropas del Rey y por la constante interrupción en que tenían los caminos, aterrorizados los pueblos y haciendas que de grado o por fuerza les contribuyan cantidades considerables para su subsistencia y les rendían entera sumisión.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> Tenejapa distaba sólo dos leguas de Córdoba, pero las separaba el río Blanco que sólo permitía el paso en verano.

<sup>23</sup> Apodaca al ministro de Guerra, México, 11 de junio de 1817, *ibidem*, p. 363. El comandante del convoy México-Veracruz de marzo de 1814, Saturnino Samaniego, calcula que el jefe insurgente José Antonio Martínez y su gente recibieron de las contribuciones que imponían a los pasajeros y arrieros del camino Jalapa-Veracruz de 30 000 a 40 000 pesos mensuales al exigirles el pago de "tres pesos por mula y el de 4 1/2 % a los principales de las

La fuerza de los insurgentes en la provincia de Veracruz en los años anteriores a 1817 encuentra expresión en un llamado que hizo Guadalupe Victoria en agosto de 1814 al Cabildo del puerto de Veracruz, invitando a sus habitantes a tomar la bandera de la independencia, ofreciendo respeto al comercio, mostrando generosidad, adulando sus elites, pero al mismo tiempo intimidando con las fuerzas de los insurgentes y sus aliados y haciendo alarde de su capacidad de poder interrumpir del todo el aprovisionamiento de la ciudad:

Tiempo es ya que esa Exma. Ciudad represente en el teatro del Reyno el distinguido papel que la [sic] corresponde, y que en vista de las circunstancias críticas en que se halla la Europa, y de las no menos apuradas en que dentro de muy breve la van a poner los corsarios de nuestros aliados por mar, y nuestro ejército americano por tierra, se decida a proteger una independencia de cuyas ventajas ha de sacar la mejor parte.

Ella dará el tono al Comercio de ultramar y su Consulado compuesto de Europeos y Criollos los más diestros negociantes del Reyno harán a nombre de la Nación los contratos mercantiles que juzguen más a propósito y acomodables a nuestro estado.<sup>24</sup>

Entre amenazas y promesas, Victoria concluye su carta en los siguientes términos:

El Congreso Superior de América facultará bastantemente al Consulado erigido bajo las leyes que le prescriben y los americanos y europeos en Nueva España nos pondremos a cubierto de las intrigas con que los gabinetes de Francia, Inglaterra y la península se burlan de [nos]otros, siempre con sacrificio los intereses y vida de los ciudadanos. No es muy sensible ciertamente a dichos auxilios que los de Cartagena e ingleses, animados de cierta potencia [ilegible] han comenzado a ministrarnos y los mayores que ofrecen para rendir esta ciudad que, aunque nos ha ocasionado hasta aquí algunos perjuicios, al fin habida de hermanos nuestros, debe ser atendida con los más claros testimonios de nuestra consideración. En prueba de ella y en muestra del [ilegible] nos causa el estado actual de las costas por las [ilegible] de España que obligarán a muchos europeos adherirse a nuestro partido, por nuestras [ilegible] alianzas extranjeras que consolidan nuestro poder y nuestras continuadas victorias [ilegible] tierra adentro, que han debilitado su [ilegible] enemigo y finalmente por lo que nos [ilegible]

cargas". Saturnino Samaniego al gobernador general de Veracruz, Jalapa, 13 de marzo de 1814, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 274, f. 448.

<sup>24</sup> Guadalupe Victoria al Ayuntamiento de la ciudad de Veracruz, Cuartel principal en San Bernardo, 1 de agosto de 1814, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 693, sin folio.

del poderoso influjo de este excelente Ayuntamiento, compuesto de unos hombres ilustrados y liberales, presento a vuestra Excelencia 30 carneros con destino a este Hospital, porque habiendo dado orden para que se intercepten todos los víveres hasta que no se conformen vuestras opiniones. Es regular que los miserables enfermos padezcan alguna necesidad cuyo socorro aunque corto, debe ser muy grato a vuestra Excelencia [...]

La situación empezó a invertirse en el otoño de 1816. En noviembre, los insurgentes perdieron Boquilla de Piedra, además de otros puntos, como la fortificación en el Monte Blanco. Victoria, al tener que abandonarla, reunió a sus fuerzas de Huatusco, Acazónica y Actopan y marchó sobre Nautla, posesionándose del lugar el 8 de diciembre. También quedaron en su poder la Barra de Palmas, Barra Nueva y La Laguna.<sup>25</sup>

En los meses siguientes, la fuerte ofensiva de los realistas, como se verá con detalle más adelante, debilitó mucho a los insurgentes en la costa y pueblos del interior de Veracruz. Éstos perdieron Misantla en marzo, Nautla, Barra Nueva, Laguna, al igual que Actopan, Naolinco, Coatepec y Jico en la jurisdicción de Jalapa, de manera que, en junio de 1817, Victoria sólo mantuvo el fuerte de Palmillas.<sup>26</sup>

*El control militar de la costa y sus objetivos: aprovisionamiento, invasiones y corso*

Los esfuerzos que emprendieron los insurgentes y sus aliados a lo largo de la segunda década del siglo XIX para controlar puertos y parajes costeros del golfo de México se hicieron en función de objetivos concretos. En primer lugar habría que mencionar la necesidad de lograr un abastecimiento eficiente desde el exterior. Para ello era indispensable la apertura de un puerto controlado por ellos. Como vimos, desde 1812 se mencionaba con insistencia la necesidad de vincularse con los puertos de los Estados Unidos para aprovisionarse de armas y mu-

<sup>25</sup> José Antonio Rincón a Apodaca, Boquilla de Piedra, 26 de diciembre de 1816, José R. Guzmán, *op. cit.*, p. 272. Después de la pérdida de Monteblanco, Victoria salió "del Serro" con cerca de 350 hombres entre infantería y caballería (que comprendían además los refuerzos que se les habían unido de Misantla y de la costa) para atacar Boquilla de Piedra "donde se haya[ba] situado el enemigo", pero en el último momento se dio orden de marchar sobre Nautla. J. Carrillo a Ignacio Arreaga, Nautla, 9 de diciembre de 1816, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 933, f. 253 y 254.

<sup>26</sup> Apodaca al ministro de Guerra, México, 11 de junio de 1817, José R. Guzmán, *op. cit.*, p. 363.

niciones. También la documentación que localizamos para 1813 es bastante explícita en cuanto a dicho objetivo: se trataba de limpiar la costa de los enemigos “para poder recibir los cuantiosos recursos que se esperan del supremo congreso de Estados Unidos que ya se habrán recibido, a no habernos acometido el enemigo de Tuxpan en la barra de Tecolutla el 13 de junio[...]”<sup>27</sup> En esta ocasión Rayón hablaba de la necesidad de tomar Tuxpan y preservar Nautla y Tecolutla, “donde puedan entrar y salir las embarcaciones con los socorros de nuestros aliados”.<sup>28</sup> El nombre que con mayor insistencia se mencionaba para este fin, y que durante algunos años servía para tal propósito, como se verá a lo largo del texto, era Boquilla o Punta de Piedras, ubicado entre Tuxpan y Veracruz. Abundan los ejemplos que muestran a este pequeño puerto como destino de envíos de armamento y de toda clase de auxilios para los rebeldes.<sup>29</sup>

El tema del aprovisionamiento de los insurgentes por puntos diversos en la costa del golfo recorre toda la documentación que consultamos.<sup>30</sup> Todavía en 1819, cuando ya se habían perdido los principales puertos, llegaron cargas de armamento del exterior, como es el caso de un navío angloamericano que atracó en la ensenada de Acalitca, según informe del comandante de Orilla de Zacatula. Su cargamento consistía en armamento para el Ejército del Sur y ropa.<sup>31</sup>

En cuanto al segundo gran objetivo que perseguían los rebeldes en su afán de controlar militarmente la costa del golfo —el de conquistar el virreinato con la ayuda de fuerzas externas—, pudimos rastrear un gran número de proyectos a lo largo de los años que van de 1814 a 1819. Después de la derrota de los insurgentes en San Antonio Béjar en agosto de 1813, hubo muchos intentos de reconquistar las Provincias Internas de Oriente a partir de invasiones por tierra y mar.<sup>32</sup>

<sup>27</sup> “Contestaciones de los reveldes de Nueva España para entablar negociaciones con los ingleses, anglo-americanos y con los negros de Santo Domingo hallados entre los papeles sorprendidos a Morelos en Puruarán y Tlacotepeque, número 6”, AGI, México 1482, cuaderno n. 7.

<sup>28</sup> *Idem*.

<sup>29</sup> Por ejemplo, las noticias que llegan de Nueva Orleans en enero de 1816: “se estaban armando tres goletas y, según voz pública, eran para traer armas a Boquilla de Piedra para los rebeldes[...]”, declaración de Casimiro Prieto, capitán del bergantín *Caimán*, Veracruz, 15 de enero de 1816, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 951, f. 192-194.

<sup>30</sup> En abril de 1813, Venegas llama la atención sobre planes de Morelos de abrir canales de comunicación con los Estados Unidos en la costa de Tabasco, para introducir por allí armas y “otros medios para continuar sus proyectos revolucionarios”, Venegas a Quevedo, México, 2 de abril de 1813, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 692, f. 41.

<sup>31</sup> Vicente Guerrero a Juan Pablo Anaya, Campo de Tamarindo, 4 de febrero de 1819, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 924, carta n. 14.

<sup>32</sup> Sobre el proceso de autonomía y la derrota de los insurgentes en Texas, véase en este mismo volumen Virginia Guedea, “Autonomía e independencia en la provincia de Texas. La Junta de Gobierno de San Antonio de Béjar, 1813”.

Hacia el 6 de junio de 1814, el general francés Humbert<sup>33</sup> estaba preparando la reunión de un ejército expedicionario en la isla de Barataria, que se compondría de 500 hombres —280 hombres de diferentes nacionalidades, más las tripulaciones de cinco corsarios en los que se iban a embarcar estas tropas— y tendría como destino Tampico y Altamira “para hacer un saqueo general y con los fondos que se encontraran en dichos puertos se organizará un ejército capaz de conquistar las cuatro Provincias Internas”.<sup>34</sup>

La correspondencia que acompaña dicho proyecto de invasión muestra los amplios planes de conquista y sus principales dirigentes.<sup>35</sup> La necesidad de encontrar recursos pecuniarios o en especie es motivo de varias cartas que dirige Humbert al “Presidente de la Junta de Caracas”, al “Presidente de Santa Fe” y a Manuel Rodríguez,<sup>36</sup> pidiendo ayuda que será recibida a título de empréstito a nombre de los Estados Mexicanos.<sup>37</sup> Éstos, afirma Humbert, le dieron “plenos poderes para organizar un ejército auxiliar que debe proteger su independencia”.<sup>38</sup> Aparte de pedir un préstamo de 200 000 pesos a Manuel Rodríguez, Humbert le propone también formar una “preciosa alianza que nos hará dignos de la envidia de todas las potencias, por la pers-

<sup>33</sup> Sobre la carrera militar de Jean Humbert y sus actividades en los Estados Unidos, véase Harris Gaylord Warren, *The Sword was their Passport, a History of American Filibustering in the Mexican Revolution*, Washington, Nueva York, Londres, Kennikat Press. Humbert nació en 1755, encabezó la expedición en contra de Irlanda en 1798 y participó en la de Victor Emmanuel Leclerc para sujetar a la colonia francesa de Saint-Domingue en 1802. Tenía fama de ser un excelente militar, pero sus ofertas de conquistar Canadá para los Estados Unidos o de abrir un colegio militar fueron denegadas por aquel gobierno. Se involucró en varias empresas insurgentes, que se fraguaban en territorio estadounidense y tierras limítrofes, conjuntamente con Gutiérrez de Lara y Álvarez de Toledo. Carlos María de Bustamante cuenta que la victoria de los estadounidenses sobre los ingleses en Nueva Orleáns, de enero de 1815, se debió en gran parte al general Humbert “que por su valor penetró hasta la línea inglesa, y le hizo conocer a Jackson el verdadero del falso ataque que se le daba simultáneamente, y en el que iban obteniendo ventajas los ingleses”. Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana de 1810*, edición facsimilar de la 2ª edición de 1843, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, t. IV, p. 171.

<sup>34</sup> Diego Murphy a Apodaca, Nueva Orleáns, 10 de junio de 1814, documento número 9 con fecha del 31 de mayo de 1814, José Luciano Franco, *Documentos para la historia de México, existentes en el Archivo Nacional de Cuba*, La Habana, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, 1961, p. 36.

<sup>35</sup> Humbert anuncia los siguientes miembros de la Junta de Gobierno de los futuros Estados Mexicanos: José Bernardo Gutiérrez, presidente; L. Duncan, vicepresidente; Pedro Fuentes, secretario; José Cortés; D. Locart; L. Bringier; Johnson; L. Girad; Pedro Lafitte; L. Baudin; P. Regnier; Agustín García; Pinboef. Nueva Orleáns, 14 de abril de 1814, José Luciano Franco, *op. cit.*, p. 36.

<sup>36</sup> Líder insurgente de la intendencia de San Salvador.

<sup>37</sup> “Au nom de États Mexicains”, dice el texto original en francés, *ibidem*, p. 37.

<sup>38</sup> General Humbert al presidente de la Junta de Caracas, Nueva Orleáns, 26 de mayo de 1814, *ibidem*, p. 37.

pectiva de un comercio ilimitado que nos ofrecen nuestros recursos mutuos”. Humbert concluye su petición diciendo que estaba ocupado en “organizar diversas expediciones destinadas a divertir [a los realistas], en la espera de que pueda organizar, con su ayuda, una acción conjunta con Rayón y penetrar a la capital para proclamar la independencia general”.<sup>39</sup> Poco sabemos de la suerte que tuvieron los esfuerzos de Humbert por establecer alianzas y conseguir recursos para sus planes. Lo que sí queda claro en la amplísima documentación es que los intentos de invadir el virreinato se repitieron, a lo largo de los años 1815-1816, con ligeras variantes en el liderazgo, lugares de reunión y destino de los ataques.

En agosto de 1815, el ministro plenipotenciario de España ante el gobierno de los Estados Unidos reporta los preparativos, que se estaban realizando en Nueva Orleans, de una nueva expedición marítima y terrestre dirigida a invadir el reino de la Nueva España “que debe ser mandada por el traidor Toledo, por el general francés Humbert y por el mismo monstruo Bernardo Gutiérrez”.<sup>40</sup>

Entre los “continuos intentos de hostilizar el reino de la Nueva España” destaca el exitoso desembarco e internamiento del ejército expedicionario de Xavier Mina en abril de 1817, la empresa más grande y mejor provista con hombres experimentados, armas y provisiones. Se encuentran alusiones a la empresa de Mina en toda la correspondencia sostenida por realistas e insurgentes entre mediados de 1816 y fines de 1817 que expresan excesivo temor o grandes esperanzas. Desde agosto de 1816 llegaron noticias, vía La Habana o directamente desde los Estados Unidos, sobre las fuerzas en hombres y armamento que traía Mina. Para otoño del mismo año se esperaba ya el “golpe que iba a dar en algún punto del seno mexicano”: Nautla, Boquilla de Piedra o Tampico eran los lugares más probables para su desembarco.

El gran esfuerzo por desalojar a los insurgentes de la costa entre noviembre de 1816 y marzo del año siguiente está en estrecha relación con el temido arribo del español, y las consecuencias fueron gravísimas para aquéllos: no se logró la conexión entre las fuerzas de Mina con las

<sup>39</sup> General Humbert a Manuel Rodríguez, Nueva Orleans, 26 de mayo de 1814, *ibidem*, p. 38.

<sup>40</sup> Luis de Onís al intendente de La Habana, Filadelfia, 26 de agosto de 1815, *ibidem*, p. 44-45, y Diego Murphy a Apodaca, Nueva Orleans, 10 de julio de 1815, José R. Guzmán, “Actividades corsarias en el golfo de México”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, v. XI, n. 3 y 4, 1970, p. 355-452. Sobre la presencia de insurgentes y sus aliados “multinacionales” en el norte de la Nueva España, especialmente en la provincia Texas, véase en este volumen Virginia Guedea, “Autonomía e independencia en la provincia de Texas. La Junta de Gobierno de San Antonio de Béjar, 1813”.

de Victoria y su gente en Veracruz. Mina tuvo que desembarcar muy al norte del virreinato, en una zona aislada y de difícil comunicación.<sup>41</sup> Según las apreciaciones de Apodaca, Mina tomó el camino a San Luis Potosí y no hacia la Huasteca, como temían los realistas, “porque acaso supo el mal estado en que se halla el cabecilla Guadalupe Victoria, por quien venía preguntando, la muerte del rebelde Aguilar, titulado general de aquel Distrito y por último lo adelantada que se halla la pacificación en la provincia de Veracruz y sus costas laterales”.<sup>42</sup>

Otro de los fines que tuvieron las acciones militares insurgentes en la zona del golfo de México y sus litorales era la hostilización del comercio español. Es difícil cuantificar el daño que los rebeldes hispanoamericanos y sus aliados lograron infligir a España vía el corso, pero la información cualitativa es tan abundante y proviene de tan diversas fuentes que permite deducir una interrupción de funestas consecuencias de todas las comunicaciones en el golfo y con la península. Debilitar a España era uno de los grandes objetivos,<sup>43</sup> pero igualmente importante era hacerse de recursos, si bien no siempre los beneficios del corso fueron para los insurgentes mexicanos y sudamericanos.

Del amplio tema del corso o la piratería patriótica de la segunda década del siglo XIX aquí solamente se tocarán algunos aspectos. En la documentación que revisamos al respecto encontramos para el año de 1813 las primeras noticias sobre la presencia de corsarios en los litorales novohispanos del golfo de México. Éstas hacen referencia a piratas franceses que tenían como base a la isla de Barataria. En abril de este año, el intendente de la capitanía general de Yucatán dice no poder atender la real orden del año anterior, que disponía el envío de maderas para usos de artillería a la península, por no contar con re-

<sup>41</sup> Una carta no fechada de Guadalupe Victoria a Mina deja ver que se le estaba esperando en la costa del centro de Veracruz. Victoria ofrece al español seguridad en su desembarco y vigilancia en caso de que decidiese establecer un campamento. Al mismo tiempo le pide que entregue al coronel José María Villapinto 200 000 tiros de fusil que pagará “a letra vista”. Dado que Villapinto murió en la toma de Boquilla de Piedra el 24 de noviembre de 1816, la carta debe datar antes de esta fecha. Guadalupe Victoria al señor general don Javier Mina, José R. Guzmán, “Boquilla de Piedra, Misantla y Nautla en la guerra de Independencia”, p. 246.

<sup>42</sup> Apodaca al ministro de Guerra, México, 30 de junio de 1817, José R. Guzmán, *op. cit.*, p. 366.

<sup>43</sup> Interesantes al respecto son los términos en los cuales Guadalupe Victoria se refirió a los corsarios en su carta citada, dirigida al Ayuntamiento del puerto de Veracruz. Los concibe como fuerzas marítimas formales de los insurgentes aunque, en la práctica, los corsarios muchas veces perseguían objetivos propios y su compromiso con las repúblicas en rebelión eran muy poco claros o aun inexistentes. Cf. sobre esto último Virginia Guedea, “Autonomía e independencia en la provincia de Texas. La Junta de Gobierno de San Antonio de Béjar, 1813”, p. 3, y Johanna von Grafenstein Gareis, “Patriotas y piratas en un territorio en disputa, 1811-1819”, Ana Rosa Suárez (coordinadora), *Pragmatismo y relaciones conflictivas: México y los Estados Unidos, 1810-1940* (en prensa).



cursos para habilitar los cortes y porque no existía ninguna seguridad en su envío a causa “de la multitud de corsarios franceses al servicio de los insurgentes de Cartagena que inundan los mares de este Seno” y que han apresado en menos de un mes a siete buques.<sup>44</sup>

En junio de 1813 llegó a México la noticia del cónsul de Nueva Orleáns, Diego Murphy, de que un convoy español, compuesto por dos buques mercantes y tres de guerra —la fragata *Tres Amigos*, el bergantín *Concepción* y el bergantín *Saeta*—, fue apresado después de cinco días de navegación por los corsarios piratas de la “grande isla de Barataria”.<sup>45</sup> Los buques mercantes apresados y conducidos a aquella isla tenían como destino a Campeche y estaban cargados de harina y otros víveres. No se pudieron comprobar dichas noticias aunque parecieran probables

ya que el gobierno de este Estado ha permitido a estos piratas el abuso y violación de su territorio por espacio de dos años pero ha llegado el escándalo o indignidades de los Piratas a tales términos que el gobierno no ha podido desentenderse más tiempo y ha mandado una expedición de 200 voluntarios y 60 hombres de tropa para Barataria de cuya expedición se burlarán [aquéllos] por cuanto no se ha mandado ninguna fuerza de mar para cooperar con ella.<sup>46</sup>

Otro de los muchos incidentes ocurrió en el mismo año de 1813, en la costa norte de Jamaica, donde fue saqueada por un corsario francés la fragata particular *San José*, proveniente de Cádiz y camino a Veracruz.<sup>47</sup>

Un aspecto que se encuentra bien documentado son los estrechos vínculos que guardaba la actividad del corso con las estrategias de lucha insurgentes. La captura y comercialización de mercancías y frutos transportados en barcos mercantes españoles que navegaban en el golfo de México constituían una fuente importante de recursos que permitían financiar las expediciones y, en general, las actividades de los insurgentes, en cuyo campo no se hacía gran diferencia entre misiones diplomáticas, corso, contrabando de armas e incursiones armadas. En junio de 1814, por ejemplo, fondeó un barco en Nautla, con 125 hombres de tripulación, la mayoría de ella compuesta por anglo-

<sup>44</sup> El intendente de Yucatán al virrey de la Nueva España, Mérida de Yucatán, 22 de abril de 1813, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 838, f. 68v.

<sup>45</sup> José de Quededo a Venegas, Veracruz, 16 de mayo de 1813, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 692, f. 163-166.

<sup>46</sup> *Ibidem*, f. 164.

<sup>47</sup> José de Quededo al virrey de la Nueva España, Veracruz, 3 de octubre de 1813, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 695, f. 678.

americanos, pero también por muchos criollos comandados por el general Enbert (Humbert), quien vino con “papeles que trae de su gobierno para favorecer la independencia mexicana” y para entrevistarse con Morelos.<sup>48</sup> En el camino, reporta el comandante del lugar, José Antonio Pedroza, “habían echado a pique una goleta de Tuxpan que caminaba para Veracruz cargada de harinas y pilón”.<sup>49</sup>

Por otra parte, también ocurría, aunque no sabemos con qué frecuencia, que los mismos insurgentes de la costa novohispana armaran embarcaciones para el corso, como se dio el caso cerca del campamento la Laguna, en la costa de Barlovento de Veracruz, donde fue apresada por los realistas una goleta con siete rebeldes a bordo que se pensaba eran angloamericanos.<sup>50</sup> Otra noticia similar se tiene del cónsul español en Nueva Orleans, Felipe Fatio, quien reportó en 1815 que “entre las presas que han hecho estos piratas” se encontraba una polacra perteneciente a la casa de Ignacio Aiguanegra que conducía entre su cargamento una partida importante de azogue por cuenta del rey. Dicha embarcación fue llevada a Boquilla de Piedra y, de allí, a Nueva Orleans con bandera y papeles insurgentes. Nuevamente aparece Boquilla como centro principal de las hostilidades al poder español, esta vez vía el corso. Fatio hace hincapié en que él había llamado la atención sobre los graves efectos que tendría el hecho de que los rebeldes lograsen

un establecimiento perenne en la costa, entre Veracruz y Tampico, cuya situación central facilitase las depredaciones de los corsarios piratas de Nueva Orleans y Cartagena (ligados con ellos en sus inicuos proyectos) con el objeto de arruinar el comercio de cabotaje, incomodar materialmente el de ultramar y ponerse en comunicación con las gaviillas del interior del Reino. Efectivamente, parece que habiéndose apoderado de Boquilla de Piedra, tienen un surgidero que les ofrece las ventajas que deseaban, desde cuyo punto se comunican con los rebeldes de la Provincia de Veracruz y de donde adquieren noticias muy exactas de cuántos buques salen de este último puerto, Tuxpan y Tampico, pues sabemos que por desgracia han caído varios bajo su poder.<sup>51</sup>

<sup>48</sup> Este desembarco, nos refiere Carlos María de Bustamante, causó gran inquietud entre “el gobierno de México”, que ordenó al gobernador de Veracruz ocupar Nautla, cuya barra estaba juntamente con el pueblo “ocupada por los americanos”. En diciembre de 1814 se dieron varios enfrentamientos entre las tropas del comandante de Papantla, Manuel González de la Vega, y los ocupantes del lugar. Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, t. IV, p. 184-185.

<sup>49</sup> José Antonio Pedroza a Ignacio López Rayón, Nautla, 21 de junio de 1814, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 933, f. 88v.

<sup>50</sup> José María de Echeagaray al virrey de la Nueva España, Veracruz, 23 de diciembre de 1815, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 951, f. 183-186.

<sup>51</sup> Felipe Fatio a Calleja, Nueva Orleans, 14 de noviembre de 1815, José R. Guzmán, *op. cit.*, p. 227.



También en la costa de Sotavento eran frecuentes los incidentes vinculados con la aparición de corsarios. El gobernador de Tabasco reportó en 1815 que varios buques fueron apresados cerca de la costa por un corsario que navegaba con patente de los insurgentes de la Nueva España. Para mantener la provincia en estado de tranquilidad y orden en que la había puesto y defenderla de los enemigos externos, había aumentado las tropas regulares y milicianas con recursos que le envió el capitán general de Yucatán, pero pedía además que de Veracruz se remitieran mil fusiles y una compañía veterana con oficiales experimentados.<sup>52</sup>

Cerca de Acayucan apareció a mediados de 1817 un corsario con “cuarenta negros bien armados y siete españoles” que se llevaron a cuatro pescadores que estaban recogiendo carey en la playa, pidiéndoles que les trajeran carne, y los soltaron una vez que obtuvieron lo deseado. El incidente llevó al gobernador interino de Veracruz a insistir en el envío de buques de guerra para la vigilancia de la costa, y a recomendar al comandante de las fuerzas de Sotavento, Juan Topete, que tomara medidas de precaución,<sup>53</sup> mientras que las goletas *Prosperina* o *Belona* se aprontasen. Por las mismas fechas ambas embarcaciones estaban a punto de salir hacia Isla del Carmen que había sido atacada por un corsario con cuarenta hombres armados, pero “que se reembarcaron sin tener tiempo de realizar sus hostilidades”.<sup>54</sup>

Los obvios nexos entre corso e insurgencia fueron percibidos por los contemporáneos de la más diversa manera.

Así como la insurrección de México fue el principio de los enjambres numerosos de corsarios que infestan el Golfo —escribe Lacarrière Latour—, asimismo éstos mantienen la insurrección proporcionando armas, municiones y víveres, y ayudando muchas veces con su experiencia, su valor, y sus facultades a las partidas insurgentes, que se hallan en las inmediaciones de sus establecimientos.<sup>55</sup>

Los vínculos del corso con la lucha armada se hacen también patentes en la expedición de Xavier Mina. Según fuentes diversas, poco

<sup>52</sup> Francisco de Heredia y Vergara a Calleja, Villahermosa. Tabasco, 1 de agosto de 1815, *ibidem*, p. 230-231.

<sup>53</sup> José María de Echeagaray al virrey de la Nueva España, Veracruz, 13 de junio de 1817, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 951, f. 243-241.

<sup>54</sup> José María de Echeagaray a Apodaca, Veracruz, 25 de junio de 1817, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 951, f. 201-202.

<sup>55</sup> John Williams (pseudónimo de Lacarrière Latour, intermediario de los hermanos Lafitte) al intendente de La Habana Alejandro Ramírez, La Habana, 26 de marzo de 1817, José Luciano Franco, *op. cit.*, p. 95.

después de su llegada a Baltimore, armó en guerra a 16 embarcaciones, entre goletas y bergantines, que operarían en contra del comercio español con patentes expedidas por el gobierno de Buenos Aires.<sup>56</sup> Con el producto de las presas pagaría las deudas contraídas en Estados Unidos. La base de operaciones sería la isla de Matagorda, en la bahía de San Bernardo, de la que “los insurgentes han tomado posesión y fortificado al fin de proteger sus corsarios y abrigar las presas que conduzcan allí en donde también deportan sus cargamentos para que los buques armados vayan allí [a] buscarlos y traerlos a estos Estados”.<sup>57</sup>

#### ESTRATEGIAS DE DEFENSA CONTRAINSURGENTE

En el combate de las fuerzas rebeldes en el golfo de México, sus islas y costas, las autoridades civiles y militares de la Nueva España y Cuba, además de los funcionarios del gobierno español en los Estados Unidos, desplegaron una amplia gama de tácticas que incluía la de tender redes de espionaje por los principales puertos de los Estados Unidos y preveía incluso la infiltración de los establecimientos piráticos en los parajes inhóspitos en los que éstos se asentaron, como Galveston, Barataria y Matagorda. También se realizaron maniobras militares de gran envergadura con fuerzas terrestres y marítimas, con el fin de prevenir y desactivar los ataques de los rebeldes y de sus aliados externos.

#### *La erradicación de los insurgentes de las costas novohispanas*

La amplia presencia de las fuerzas rebeldes en Veracruz en los años de 1812 a 1816 ocupó la atención de los virreyes Venegas, Calleja y Apodaca, quienes, en coordinación con los gobernadores de Veracruz y comandantes militares de tierra y mar, hicieron muchos esfuerzos por desalojar a los insurgentes de la provincia. Hemos mencionado empresas aisladas de defensa realista y contraofensiva como en Tuxpan en 1812, o en la costa de Sotavento en el mismo año.<sup>58</sup>

En septiembre de 1813, los realistas lograron recuperar a Papantla. El comandante de Tuxpan, Manuel González de la Vega, tomó el pueblo por sorpresa la noche del 5 de ese mes, en una acción militar poco sangrienta, gracias precisamente al carácter sorpresivo del ataque.

<sup>56</sup> (?) al secretario de Estado, Cuba, 4 de septiembre de 1816, *ibidem*, p. 54-55.

<sup>57</sup> Pablo Chacón a Alejandro Ramírez, Baltimore, 15 de octubre de 1816, *ibidem*, p. 73.

<sup>58</sup> *Vid. supra*, p. 188.

Hubo algunos prisioneros, en total solamente trece, muchos indultos de indios y gente de razón, mientras que los cabecillas, el cura Lozano y el indio Serafín Olarte, “huyeron milagrosamente”.<sup>59</sup> Al primero se le “ha cogido su correspondencia, equipaje, secretario y criados” que aparecen en la lista de los prisioneros, al lado de sólo un cabecilla, Narciso Arriaga, varios sospechosos de infidencia, dos asesinos, un espía y un individuo que se apresó por estar ebrio y llevar una mala vida.<sup>60</sup> Se recogió algo de armamento y municiones que, al huir, dejaron los insurgentes en el camino.<sup>61</sup>

Otro de los intentos por desalojar a los insurgentes de la costa fue el planeado ataque a Misantla y Punta (Boquilla) de Piedras en 1815. Al encargarse, en mayo de 1815, del mando de la división de Tuxpan, Carlos María Llorente recibió la orden de ocupar “los pueblos de Misantla y Colipa que poseen los Insurgentes y la destrucción del cantón que han formado en punta de Piedras desde donde se comunican con los corsarios enemigos, los abrigan y reciben para sus ventas los cargamentos de las presas que hacen en esta costa, todo en grave daño nuestro”.<sup>62</sup> Llorente propuso al comandante del bergantín *Saeta*, Francisco Murías, un plan de ataque conjunto, que debería realizarse los primeros días de julio. Murías, quien estaba cruzando sobre la costa de Tuxpan, con el bergantín y la goleta *Cantabria* —comisionado para la persecución de un corsario—, debería atacar por mar a Punta de Piedras, mientras que Llorente dirigiría por tierra sus tropas sobre el lugar. Ambos comandantes hostilizaron durante casi quince días a los rebeldes, atrincherados en gran número y bien armados en la playa y el fortín que habían construido, pero no se verificó el ataque general, al parecer, por la superioridad de las fuerzas del enemigo y por las carencias de todo tipo de las tropas realistas. Tanto Llorente como

<sup>59</sup> Manuel González de la Vega al gobernador de Veracruz, Papantla, 8 de septiembre de 1813, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 692, f. 422.

<sup>60</sup> Manuel González de la Vega al gobernador de Veracruz, Papantla, 8 de septiembre de 1813, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 692, f. 425.

<sup>61</sup> Un detalle curioso en la toma de Papantla me parece ser el tono poco violento de los informes militares relativos a ella, que aparentemente coincide con el poco uso de la fuerza en el ataque mismo. En los días anteriores a éste, las tropas encontraron durante sus marchas de reconocimiento del terreno “en las milpas tres o cuatro familias que temblaban delante de mí; para animarlas y quitar del País el terror que los Insurgentes les infunden de las tropas, presentándolas como antropófagos, las acaricé, animé, regalé y puse en libertad con lo que han quedado contentísimas prometiendo apoyar una proclama que dejé fijada”. Juan Bautista Vidal al señor comandante general Manuel González de la Vega, Tihuatlán, 1 de septiembre de 1813, y Manuel González de la Vega al gobernador de Veracruz, Papantla, 8 de septiembre de 1813, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 692, f. 419.

<sup>62</sup> Carlos María Llorente al teniente de navío Francisco Murías, comandante del bergantín *Saeta*, Tuxpan, 24 de junio de 1815, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 696, f. 317-335.



Murías se quejan en sus informes de la falta de hombres, municiones y víveres. José de Quevedo, gobernador de Veracruz, por su parte, se negó a auxiliar con tropas la planeada expedición sobre Misantla y Punta de Piedras porque le era imposible proporcionarlas debido a la “corta guarnición que [tenía] la plaza”, y solamente mandó 40 000 cartuchos y ocho cajones de pólvora. Calleja no parece haber sido satisfecho del todo con estas medidas, ya que en un comunicado de septiembre exhorta al gobernador a no escatimar esfuerzos para auxiliar a Llorente,

por lo mucho que interesa al Servicio del Rey el arrojar a los rebeldes de los puntos que ocupan en la costa y guarnecerlos para evitar el contrabando y la comunicación de los traidores con sus Agentes del Norte de América, de donde reciben armamento, pertrechos y otros auxilios, causando dichas comunicaciones incalculables males a la pacificación del Reyno, no sólo por los socorros efectivos que han recibido los rebeldes, sino por las lisonjeras esperanzas con que alucinan a los incautos prometiéndoles desembarcos de numerosas tropas, siendo éste uno de los principales apoyos que en el día sostiene la rebelión, como he dicho a V. S. en diferentes ocasiones excitando su celo para que auxilie eficazmente las operaciones del comandante de Tuxpan.<sup>63</sup>

Fue Juan Ruiz de Apodaca quien, a partir de noviembre de 1816, inició la implementación de un plan sistemático de erradicación de la insurgencia en la provincia de Veracruz. Un importante detonador de estas medidas de “pacificación” era las alarmantes noticias que llegaban a partir de agosto de 1816 desde los Estados Unidos. En un informe al ministro de Guerra de octubre de 1816, Juan Ruiz de Apodaca opina que, a diferencia de las Provincias Internas de Occidente, en las que no “había novedad alguna” y que “seguían disfrutando desde el año de 1811, la quietud en que las dejó la prisión y castigo de los primeros cabecillas de la rebelión”, las del Oriente se encontraban amenazadas por “la expedición que desde agosto quedaba habilitada en Nueva York y Baltimore, una expedición de 18 a 20 buques, con cosa de dos mil hombres y 200 oficiales con el objeto de dar un golpe en el seno Mexicano y establecer un Puerto en Boquilla de Piedra u otro punto de la costa [...]”<sup>64</sup>

<sup>63</sup> Félix Calleja al gobernador de Veracruz, 9 de septiembre de 1815, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 696, f. 335v.

<sup>64</sup> Apodaca al ministro de Guerra, México, 31 de octubre de 1816, José R. Guzmán, *op. cit.*, p. 251.

Tales noticias lo obligaron, dice Apodaca, primero, a prevenir al comandante general de dichas provincias, el brigadier Joaquín de Arredondo, a tener reunidas sus tropas y prontas para actuar y, segundo, a formar un nuevo distrito militar entre Tampico, Tuxpan y Huejutla, a cargo del comandante de la Huasteca, el coronel Benito de Armiñán. Las fuerzas de este distrito se reforzarían con el regimiento de Extremadura que se encontraba en San Luis Potosí y que debería marchar inmediatamente sobre el primero de los lugares mencionados. De esta manera, observa el virrey, las fuerzas y recursos del país se reunirían bajo una sola mano y se opondrían a los enemigos cuyo internamiento y unión con las “gavillas del interior” se evitarían. Dependiendo de las noticias que se tuvieran por conducto de espías y observadores desde Texas sobre un posible desembarque de la expedición de Mina, Armiñán debería marchar o sobre aquellas costas para impedirla o sobre Boquilla de Piedra para desalojar a los rebeldes de los lugares que tenían ocupados entre Tuxpan y Veracruz, asistiéndole en esta tarea Carlos María LLorente, comandante de aquel puerto. Finalmente, las fuerzas militares de la costa se reforzarían con el regimiento de Lobera, al mando del coronel Márquez, después de que éste hubiese escoltado, en el último tramo del camino, el convoy destinado a Veracruz con tres millones de pesos que salió de la ciudad de México, el 15 de octubre, bajo fuertes dispositivos de seguridad.<sup>65</sup>

En el informe de Apodaca se encuentran varias alusiones a la incapacidad que había mostrado el gobierno de la provincia de Veracruz para combatir a los rebeldes en su territorio, “a pesar de los recursos que tiene en sí misma y del número de tropas que la cubren”. “La plaza de Veracruz necesita un jefe activo, de resolución y experiencia que reúna el mando de las fuerzas de mar y tierra”, opina, y recomienda que el gobernador político y militar sea un capitán de navío o brigadier de marina y el comandante general e intendente de la provincia un brigadier o general de ejército, el que además debería residir en Jalapa para permitir una mayor comunicación con México.<sup>66</sup>

Las actividades del virrey y de los comandantes locales de Veracruz, asistidas por las fuerzas militares de la Huasteca y de las Provincias Internas de Oriente, tuvieron importantes resultados en los meses de noviembre de 1816 y abril del año siguiente. Los jefes militares Morán, Samaniego y Márquez lograron dejar “a las villas de Orizaba y Córdo-

<sup>65</sup> *Ibidem*, p. 253.

<sup>66</sup> *Idem*.



ba desembarazadas del padrastro de Monte Blanco”, mientras que el comandante de Jalapa, teniente coronel Vicente Patiño, expulsó a Guadalupe Victoria del Cerro de Iquimite, quien “huyó a sus anteriores posiciones en Huatusco y Naolinco”. De esta manera quedó “libre o menos obstruida la comunicación de Jalapa con Perote y Veracruz”.<sup>67</sup> El comandante de la División de Tuxpan, teniente coronel Carlos María Llorente, batió a los insurgentes en la Huasteca, destruyendo sus campamentos que tenían fortificados entre Palo Blanco y las inmediaciones de Papantla, “causándoles pérdida considerable de gente, armas y caballos[...]”, y el comandante de Tulancingo, teniente coronel Francisco de las Piedras, reabrió la comunicación entre Huachinango y Tuxpan al arrollar “diversas veces a los facciosos[...]”<sup>68</sup>

La reconquista de Boquilla se convirtió en una de las prioridades de la pacificación del reino:

Rectificados a mi paso por Veracruz las noticias que ya tenía de los gravísimos perjuicios que causaba a la pacificación particular de aquella Provincia y al General del Reino, el puesto de Boquilla de Piedra fortificado por los rebeldes, abrigando los contrabandistas y piratas de que está plagado el Seno Mexicano y manteniendo la comunicación de los facciosos de lo interior con los enemigos del Rey Nuestro Señor reunidos en los Estados del Norte de América de donde reciben armas, municiones y otros auxilios [...] <sup>69</sup>

El 24 de noviembre el teniente coronel de milicias José Antonio Rincón atacó sorpresivamente por tierra a Boquilla de Piedra con 300 hombres de caballería e infantería y se apoderó de este importante punto, dando muerte al comandante insurgente del fortín, José María Villapinto, y quedándose con un botín que consistía en 13 cañones de diferente calibre, 5 piezas de artillería, gran cantidad de armamento y municiones, vestuario de tropa y efectos diversos.<sup>70</sup> Rincón, “oficial bizarro, bien dispuesto y con conocimientos prácticos sobre el terreno”,<sup>71</sup> recibió grandes recompensas por la toma de Boquilla. El comercio de Veracruz le obsequió una espada de oro, un gesto que no contó con la

<sup>67</sup> Apodaca al ministro de Guerra, México, 30 de noviembre de 1816, *ibidem*, p. 255.

<sup>68</sup> Apodaca al ministro de Guerra, México, 31 de diciembre de 1816, *ibidem*, p. 257.

<sup>69</sup> Apodaca al ministro de Guerra, *ibidem*, p. 256.

<sup>70</sup> Rincón a Apodaca, Campo de Boquilla de Piedra, 25 de noviembre de 1816, *ibidem*, p. 269-270. Parte del botín correspondía a efectos —sobre todo los uniformes, ollas de campaña y útiles de zapateros— que Mina había mandado a Boquilla como parte de los preparativos de su expedición, lo que indica que efectivamente había contemplado este lugar para su desembarque en la Nueva España.

<sup>71</sup> Apodaca al ministro de Guerra, México, 31 de diciembre de 1816, *ibidem*, p. 256.

aprobación del virrey porque se había hecho sin haberlo consultado ni haberle pedido permiso.<sup>72</sup> Una vez instalado en Boquilla de Piedra, Rincón se dedicó a fortificar la plaza, según sus propios planes, y a hacer cortas, pero frecuentes, salidas a los alrededores para impedir que los insurgentes se acercasen a este punto.<sup>73</sup>

Los siguientes objetivos de las campañas realistas eran Misantla y Actopan, cuya recuperación estaría a cargo de los tenientes coroneles Carlos María Llorente y José de las Piedras, con el apoyo de tropas de Jalapa y Perote y, en caso de que fuera necesario, por el regimiento de Extremadura que se encontraba en camino al distrito de Tuxpan. Nuevamente el virrey dudó si las tropas al mando del brigadier Arredondo no deberían marchar mejor rumbo a Texas, en esta ocasión por la noticia que había llegado sobre la toma de Matagorda y Galveston por “los piratas que infestan el seno Mexicano” y que

han tenido el atrevimiento de crear allí [en Galveston] un gobierno revolucionario, auxiliados del traidor Cura Herrera, que se nombra Plenipotenciario de la ridícula República Mexicana cerca de aquellos Estados, los cuales si no protegen abiertamente estos atentados, por lo menos los toleran y disimulan[...]<sup>74</sup>

En enero de 1817, el virrey precisó sus órdenes referentes al combate de los rebeldes en la provincia de Veracruz: el coronel José Joaquín Márquez y Donallo, apoyado por Carlos María Llorente, debería expulsarlos de Nautla, Misantla y Actopan para después, una vez que estuvieran guarnecidos estos lugares, perseguir las “gavillas de Guadalupe Victoria”, al mismo tiempo que el comandante de Tulancingo debería perseguir con sus fuerzas “al malvado Aguilar de modo que a un propio tiempo se les llame la atención por todas partes y sean batidos en los diversos puntos que ocupan”. Para todas estas acciones, el virrey solicitó su cooperación al comandante de Boquilla de Piedra, José Antonio Rincón, aunque sin descuidar su principal objetivo que era la conservación de este punto.<sup>75</sup>

<sup>72</sup> “[...]la junta de auxilios creada en Veracruz, sin conocimiento mío había prevenido la calificación de aquel servicio, regalando a Rincón una espada de oro, esculpiendo en ella y en la medalla del cinturón las armas del consulado con un lema que expresaba que el comercio de dicha plaza y sus costas le dedicaba aquel obsequio por la brillante conquista de Boquilla de Piedra”. Apodaca al ministro de Guerra, México, 3 de septiembre de 1817, *ibidem*, p. 387.

<sup>73</sup> Rincón a Apodaca, Campo de Boquilla de Piedra, 26 de diciembre de 1816, *ibidem*, p. 271.

<sup>74</sup> Apodaca al ministro de Guerra, 31 de diciembre, *ibidem*, p. 259.

<sup>75</sup> Apodaca a Rincón, México, 15 de enero de 1817, *ibidem*, p. 273.

A pesar de la importancia que se atribuía a la recuperación de Nautla, Actopan y Misantla —para que “se destruya completamente el comercio de los corsarios que ocasionan tantos males a cuyo efecto se necesita meditar los golpes con madura y detenida reflexión”— los esfuerzos no mostraron ningún resultado hasta fines de febrero.<sup>76</sup> Ante esta situación, Apodaca optó por ordenar a Márquez que regresara a cuidar los puestos militares del camino de Jalapa y por encargar el mando de la toma de los puntos mencionados al coronel Benito de Armiñán.<sup>77</sup> Jefes con mayor experiencia en la costa, como Carlos María Llorente y Manuel Rincón, hermano de José Manuel, el vencedor de Boquilla, opinaban que el fracaso de Márquez “fue causado por la falta de conocimientos topográficos del país”, por lo que propusieron elaborar un plan de la costa desde Veracruz a Tampico a cargo de Manuel Rincón, recibiendo la aprobación del virrey para ello.<sup>78</sup>

Armiñán pudo reportar pronto varios éxitos en su campaña: el 24 de febrero logró tomar Nautla, Barra Nueva, Barra de Palmas y el Estero; sin embargo, la “gloria” de recuperar Misantla recayó finalmente en el mismo Márquez quien, además, en su marcha sobre la costa se apoderó también de Naolinco y Actopan, borrando así sus fracasos anteriores y atrayéndose los mayores elogios.<sup>79</sup> Los partes de guerra que enviaron el propio Márquez y también Armiñán sobre la toma de Misantla subrayan la “vigorosa y obstinada resistencia que la localidad, casi inexpugnable, presentó a sus fuerzas con multitud de rebeldes[...].”<sup>80</sup>

De los muchos informes que Márquez envió en los meses de marzo y abril al virrey, uno me parece ser especialmente elocuente en su descripción de los enfrentamientos entre realistas e insurgentes en la provincia de Veracruz:

habiendo dejado en el punto de Misantla hecha la tala de toda la circunferencia de tiro de fusil y parapetado el cuadro del cementerio para la seguridad y defensa proporcionada a la guarnición de aquel pueblo me dirigí con la fuerza de mi regimiento, compuesto de trescientos veinte hombres por el escabroso camino viejo de Santa Rita en el que acaba de acrisolar el mérito que en esta rigurosa campaña

<sup>76</sup> Cf. correspondencia de José Antonio Rincón de febrero de 1817, *ibidem*, p. 274-284.

<sup>77</sup> Apodaca a Rincón, México, 27 de febrero de 1817, *Ibidem*, p. 275.

<sup>78</sup> Carlos María Llorente a Apodaca, Tuxpan, 16 de marzo de 1817, *ibidem*, p. 308, y Apodaca a Llorente, México, 29 de marzo de 1817, *idem*.

<sup>79</sup> Armiñán a Apodaca, Misantla, 23 de marzo de 1817, *ibidem*, p. 328. La campaña sobre Misantla se planeó como acción conjunta entre Armiñán y Márquez, pero éste logró adelantarse y apoderarse del pueblo sólo con sus fuerzas, que ascendían a 400 hombres. Carlos María Llorente resultó herido en la batalla por Misantla. *Ibidem*, p. 327.

<sup>80</sup> *Idem*.

ha adquirido mis oficiales y tropa, laborando todos a porfía en la tala y apertura de camino.<sup>81</sup>

En varias ocasiones se le enfrentaron los rebeldes. En una de ellas, reporta Márquez,

el fuego abrasador de mis guerrillas, hecho a corta distancia debió causarles mucho estrago, según los sucesivos rastros de sangre que se observaron por diferentes veredas del monte y según los muy dolorosos quejidos que se han oído durante la marcha en lo interior de los bosques, de cuyos contrastes no pudiendo prescindir la humanidad, me eran demasíadamente sensibles.<sup>82</sup>

Otro enfrentamiento ocurrió en los ranchos de Santa Rita, ocupados por el rebelde Méndez, en el que tomaron preso a un teniente de éste, “que por su rebeldía debe ser fusilado el día de mañana”, e hicieron un botín apreciable en el que se encontraba el caballo del “faccioso Méndez quien se cree haber muerto o estar mal herido por la copiosa sangre de que estaba bañada la silla de su caballo, con el rótulo que decía: ‘Sirvo a mi amo, Comandante Méndez’”.

Después de esta descripción casi apocalíptica de la guerra, Márquez concluye:

Señor Excelentísimo, ya respira la paz y quietud en estos miserables pueblos agobiados hace tiempo por unas leyes de terror, dictadas por los rebeldes; ya desde Boquilla de Piedra hasta este punto, pequeñas partidas defienden el territorio de estos habitantes adictos a la buena causa. Por fin, Señor Excmo. ya Victoria vagabundo y sin recursos en las encrespadas cimas del Tizar, ignora de [*sic*] misma existencia y sólo el rubor de sus delitos no le permiten usar del piadoso indulto que V. E. prodigó a los que por ignorancia faltaron a nuestro amado Rey Fernando. En fin, ya los honrados vecinos de estos pueblos demuestran su júbilo con las más tiernas expresiones y los que alguna vez se empaparon en las ideas de la rebelión, lloran su delito y yo como padre a nombre de V. E. dulcifico su arrepentimiento tan laudable.<sup>83</sup>

En uno de sus informes al ministro de Guerra, Apodaca reproduce esta visión muy optimista de la recuperación realista en la provincia de Veracruz que encontramos en el documento citado *in extenso* en lo

<sup>81</sup> José Joaquín Márquez y Donallo a Apodaca, Naolinco, 31 de marzo de 1817, *ibidem*, p. 331.

<sup>82</sup> *Ibidem*, p. 332.

<sup>83</sup> *Idem*.

anterior. Se trata de un parte enviado a Madrid a fines de junio de 1817, cuando ya no había que temer un desembarco del “traidor Mina” en las costas laterales del puerto. Pero también es posible que la descripción casi idílica de la “pacificación” en aquella provincia por el virrey se debía a la necesidad de reportar éxitos, en un momento en que el avance del español, al mando de sus tropas expedicionarias, no se podía detener en la colonia del Nuevo Santander en el noreste del reino.

La toma de Boquilla de Piedra, Nautla y Misantla, el arreglo y organización de los pueblos de Actópan, Naolinco, Coatepec, Jico y otros de la jurisdicción de Jalapa, la entera pacificación del distrito de Córdoba y Orizaba y los destrozos que han sufrido las gavillas del cabecilla Victoria, han mejorado tanto el estado de la provincia de Veracruz... que diez realistas mandados por un sargento, han conducido a la plaza de Veracruz un convoy de doscientos cincuenta cargas de comestibles, procedentes de Actópan[...]<sup>84</sup>

Otra prueba de la seguridad recuperada en las comunicaciones del interior de la provincia y entre Veracruz, Jalapa y la capital del virreinato sería la rapidez con que estaban llegando el correo y los convoyes, el primero aun adelantándose al arribo de las noticias y los segundos haciendo el tiempo que acostumbraban tomar en tiempos de paz:

Con la misma felicidad ha llegado aquí la correspondencia de oficio y pública que condujo el correo “Hyena” recibándose en esta capital antes de que tuviese noticia del arribo de aquel buque a Veracruz.

El día 16 de marzo, entró en esta capital de retorno el convoy que había salido para Veracruz el 30 de marzo, de que hablé a V. E. en mis anteriores partes, haciendo su viaje redondo en mes y medio, que es el tiempo ordinario que tardaban las recuas antes de la insurrección y sin haber tenido encuentro alguno de enemigos, conduciendo dos mil trescientos trece tercios de efectos.

Los habitantes de Naolinco se presentaron con tan buena voluntad a formar sus compañías de realistas, que el día que recibieron los despachos que expedí a sus oficiales, hicieron las demostraciones más afectuosas de alegría, congregándose en la iglesia para dar gracias al Todo Poderoso con misa y el Señor Sacramentado, de manifiesto por verse libres de la tiranía de los rebeldes y restituidos al paternal gobierno de su Rey y Señor natural y me comunica el Coronel Márquez que todos los pueblos del partido de Jalapa, que él arregló y organizó, tenían las mismas disposiciones.<sup>85</sup>

<sup>84</sup> Apodaca al ministro de Guerra, México, 30 de abril de 1817, *ibidem*, p. 363.

<sup>85</sup> *Ibidem*, p. 364.

Las últimas palabras de su informe muestran, sin embargo, que el “feliz” estado de pacificación de la provincia a mediados de 1817 ha sido el resultado de “esta máquina militar, por su naturaleza violenta”, cuyo sostenimiento le ha costado enormes cuidados y fatigas, sobre todo para “reunir los cuantiosos fondos necesarios al intento”.<sup>86</sup>

En efecto, regresando al mes de abril, cuando el temido desembarco de Mina amenazaba la costa de Barlovento en su conjunto y existían aún focos de insurgencia de importancia, el afianzamiento de la presencia realista en los lugares recientemente reconquistados significó todavía muchos esfuerzos. En cuanto a Misantla, “los rebeldes se obstinaban en atacar aquel pueblo, sin haberse presentado ninguno al indulto en el tiempo” que Armiñán quedaba al cargo de su mando militar, es decir, hasta el 13 de abril. En consecuencia, era necesario reforzar las tropas para su conservación. Los tenientes coroneles Francisco de las Piedras, comandante de la sección de Tulancingo, y Juan Ráfols, primero, y luego también el coronel José Joaquín Márquez, quien había regresado a Jalapa, recibieron órdenes de marchar con sus tropas a Misantla.<sup>87</sup> De las cajas reales de la ciudad de México se enviaron 8 000 pesos para que se empleasen en la defensa de la costa. “Con estos auxilios”, escribe el virrey, “contemplo no sólo asegurados los puntos de Nautla, Misantla y demás de esta demarcación, sino que le queda a V. S. lo necesario para guarnecer a Tampico y evitar que el traidor Mina, ni los piratas intenten cosa alguna sobre la costa, sino también para expedicionar sobre las gavillas que haya en lo interior del país y acabar con ellas”.<sup>88</sup>

### *El reto de Xavier Mina*

La proximidad de Mina ensombreció el panorama de la recuperación realista en la costa e interior de la provincia de Veracruz. A raíz de la noticia de que su escuadra había sido vista, el 12 de abril, en la desembocadura del Río Grande,<sup>89</sup> es decir, que el desembarco no se iba a realizar en Texas, como se creyó durante mucho tiempo,<sup>90</sup> el nerviosismo del virrey y de sus mandos militares iba creciendo: Apodaca ordenó

<sup>86</sup> *Idem.*

<sup>87</sup> Arredondo a Armiñán, México, 30 de abril de 1817, y los mismos, México, 26 de abril de 1817, *ibidem*, p. 310.

<sup>88</sup> *Idem.*

<sup>89</sup> El virrey recibió esta noticia del gobernador interino de la colonia del Nuevo Santander. Apodaca al ministro Guerra, 30 de abril de 1817, *ibidem*, p. 357.

<sup>90</sup> *Idem*, p. 358.

febrilmente movimientos de tropas, envío de materiales de guerra, provisiones y dinero. No se escatimaron gastos ni esfuerzos organizativos. Las disposiciones fueron amplísimas y están resumidas en los partes de guerra enviados por el virrey entre abril y junio al ministro de Guerra.

Los primeros movimientos que dispuso Apodaca comprendieron nuevos refuerzos de Misantla: el envío del regimiento americano, que tuvo que moverse de los Llanos de Apan a la costa, y el envío de víveres y dinero para sostener a las tropas de Francisco de las Piedras y a los 300 hombres que dejó Armiñán en aquel pueblo. También se mandaron “municiones, pertrechos y un maestro habilitado de la herramienta necesaria, indicada de la sierra de Perote, para talar el bosque de Misantla, abrir caminos y otros trabajos”. En segundo lugar se reforzaron Tampico y Altamira, que el virrey consideró muy vulnerables y débiles, con 282 dragones de la Nueva Vizcaya que se hallaban en la provincia de San Luis Potosí. También se tomó la precaución de retirar a este lugar la plata en pasta y amonedada que se encontrara en Tampico.<sup>91</sup> Los grandes movimientos de tropas fueron acompañados de órdenes a “los comandantes de barras y demás puntos de riesgo para que los defiendan a todo trance”.<sup>92</sup>

En esta fase de preparativos de defensa, la principal dificultad residió, por un lado, en la incertidumbre sobre el lugar de desembarco de Mina y, por el otro, en la gran extensión de la costa de Barlovento, de manera que hubo necesidad de colocar tropas en un gran número de lugares, lo que, a su vez, elevó los gastos y llevó a la dispersión de las fuerzas. Estos obstáculos se mencionan con insistencia en los partes de guerra del virrey, pero también de Armiñán y otros jefes militares. Este último se queja sobre todo del problema de comunicación entre los destacamentos que estaba colocando en diferentes puntos, “pues siendo tan dilatada la extensión de la costa se dificulta lo bastante [su] mutuo auxilio”.<sup>93</sup> En otro lugar dice: “Una extensión de noventa leguas, que resultan desde la Barra de Tampico a Veracruz, presenta en tan críticos y cortos momentos casi absoluta imposibilidad de establecer señales de comunicación en toda ella[...]”, por lo que dispuso situar en cortas distancias destacamentos que pudiesen mantener correspondencia y auxiliarse en caso necesario.<sup>94</sup>

<sup>91</sup> A diferencia del virrey, Armiñán juzgaba más importante reforzar la costa comprendida entre Tuxpan y Boquilla de Piedra. Armiñán a Apodaca, Papantla, 24 de abril de 1817, *ibidem*, p. 313.

<sup>92</sup> Apodaca al ministro de Guerra, Mexico, 30 de abril de 1817, *ibidem*, p. 356-357.

<sup>93</sup> Armiñán a Apodaca, Papantla, 23 de abril de 1817, *ibidem*, p. 312.

<sup>94</sup> Armiñán a Apodaca, Papantla, 24 de abril de 1817, *ibidem*, p. 313.



Tomadas todas estas providencias, recibió el virrey el 2 de mayo la noticia de que Mina había desembarcado en Soto la Marina con 800 hombres, número que después se precisó en 400 ó 500, más los que quedaron en los buques “con numerosa artillería, muchas armas, municiones, monturas y otros efectos de guerra”. En este momento, dice, hizo salir correos extraordinarios por todos rumbos, ordenando al brigadier Arredondo, quien se encontraba en Monterrey, y al coronel Armiñán marchar inmediatamente sobre Soto la Marina, y reiterando las disposiciones para que Tampico y Altamira quedasen guarnecidos. Tropas auxiliares que debían reforzar a las de Arredondo eran el Regimiento de Fernando VII y 150 hombres de caballería al mando del capitán Cristóbal Villaseñor, quien obraba en la Sierra Gorda, y que deberían ser sustituidos por un escuadrón de dragones de San Carlos que acababa de llegar a la capital desde Oaxaca.<sup>95</sup> Para que Arredondo se pudiese concentrar del todo en el ataque a Mina, Apodaca dispuso que, desde las Provincias Occidentales, marchasen 300 dragones sobre Coahuila con la orden de contener las irrupciones de los indios bárbaros y de impedir que “obrasen de acuerdo con Mina”.<sup>96</sup>

El plan del virrey era combatir a las fuerzas expedicionarias por mar y tierra al mismo tiempo e impedir así que se internasen al reino. Con este fin instruyó al comandante de Marina de Veracruz para que la fragata de guerra *Sabina*, el bergantín *Saeta* y la goleta *Prosperina* —únicas fuerzas de mar que existían en el puerto— saliesen a destruirlas antes de que se verificase el desembarco.<sup>97</sup> Sin embargo, la expedición marítima abandonó Veracruz solamente el 14 de mayo y llegó el 18 “a la Barra del Nuevo Santander o Soto la Marina donde encontró fondeados la fragata ‘Cleópatra’ el bergantín ‘Neptuno’ y una goleta, todos tres armados en guerra, los atacó con tan feliz suceso que destruyó e incendió la fragata con cuanto tenía dentro, que era el almacén de los facciosos y obligó al bergantín a varar inutilizado enteramente, escapándose la goleta por su buen andar y poca cala[...].”<sup>98</sup>

Pero el internamiento de Mina no se había podido impedir; al contrario, éste abandonó Soto la Marina con poco más de 300 hombres que habían venido con él y 200 que reunió en las haciendas y pueblos

<sup>95</sup> Arredondo al ministro de Guerra, México, 11 de junio de 1817, *ibidem*, p. 360. Las fuerzas de Arredondo ascendían finalmente a 1 500 hombres y las de Armiñán a 600, compuestas de los regimientos de Extremadura, primero americano, provincial de infantería de México, y caballería de Tulancingo. Apodaca al ministro de Guerra, México, 30 de junio de 1817, *ibidem*, p. 365.

<sup>96</sup> Apodaca al ministro de Guerra, 30 de abril de 1817, *ibidem*, p. 358.

<sup>97</sup> *Idem*.

<sup>98</sup> Apodaca al ministro de Guerra, México, 11 de junio de 1817, *ibidem*, p. 361.

inmediatos, “gente de campo útil para la caballería, todos bien armados y montados en la caballada de que se proveyó abundantemente por el descuido que hubo en no retirarla a lo interior”. En la fortificación que había podido levantar dejó 100 hombres a cargo del coronel Sardá, a los cuales se unieron otros 200 del país.<sup>99</sup> En lo siguiente, el virrey hace un apretado resumen de las acciones militares y del avance de Mina con dirección hacia San Luis Potosí.<sup>100</sup> Describe el enfrentamiento que hubo entre las fuerzas de Armiñán y las de Mina en el rancho San José perteneciente a la hacienda de Peotillos, a 14 leguas de San Luis.

La concentración de las fuerzas militares en la persecución de Xavier Mina —hemos visto que los movimientos de tropas abarcaron grandes zonas del virreinato— dejó desprotegida la costa de Veracruz. De Tuxpan escribe Carlos María Llorente que “el señor Armiñán se llevó cuantas tropas pudo recoger, de modo que los puntos de esta demarcación de mi cargo, los ha dejado tan escasos de guarnición, que en este y otros pueblos hace muchos días se mantienen las guardias de plantón, por no haber con quien relevarlas”.<sup>101</sup> Con los 700 hombres con los cuales contaba no podía defender adecuadamente los 14 puntos interesantes de su distrito, sobre todo porque temía que “el desembarco de Mina podría inflamar los ánimos de los rebeldes de esta tierra caliente que se dispondrían a proteger las operaciones de aquel traidor”. Además, proseguía con cierta amargura, no había recibido auxilio alguno, ya que se daba preferencia a la operación sobre Mina frente a la seguridad de este país, a pesar de que se encontraba en “inminente riesgo” por la falta de hombres puestos sobre las armas y “lo mucho que se [iba] alejando el señor Armiñán con las tropas disponibles”.<sup>102</sup>

El abandono de la costa de Barlovento y las renovadas amenazas de los rebeldes en los meses de julio a noviembre de 1817 parecen confirmarse en un informe de José Antonio Rincón, comandante de Boquilla de Piedra. En plena estación de lluvia, que causó muchos en-

<sup>99</sup> Los mismos, 30 de junio de 1817, *ibidem*, p. 365-366.

<sup>100</sup> Como mencionamos, a los jefes militares les preocupaba el internamiento de Miña a la Huasteca, donde temían que se podía “reunir más prontamente a las primeras gavillas de rebeldes de esta tierra caliente, que son las que ocupan los puntos de Palo Blanco, Mesa de Oriente, Sombrerete y otros de estas inmediaciones, los cuales hallándose como se hallan, bien armados y resueltos a proteger las operaciones de Mina, es de presumir destaquen a su encuentro todas las fuerzas de que puedan disponer los cabecillas sucesores de Aguilar”. Carlos María Llorente a Apodaca, Tuxpan, 8 de junio de 1817, *ibidem*, p. 374. Cf. Ana Laura de la Torre Saavedra, “La expedición de Xavier Mina a la Nueva España: una utopía liberal imperial”, tesis de maestría, Instituto Mora, 1996, p. 151-158.

<sup>101</sup> Llorente a Apodaca, Tuxpan, 8 de junio de 1817, José R. Guzmán, *op. cit.*, p. 374.

<sup>102</sup> Los mismos, 11 de junio de 1817, *ibidem*, p. 375.

fermos, y escaseando los brazos, tuvo que mandar a Nautla 70 hombres con el capitán graduado, José María del Toro, ya que este pueblo se encontraba en peligro, pero, “[...]advirtiendo el nuevo movimiento que habían tenido los rebeldes<sup>103</sup> y sabiendo la poca tropa con que me hallaba para cubrir dos puntos tan interesantes”, escribe este jefe militar, el comandante general de la provincia de Veracruz, Diego García Conde, le envió 60 hombres con dos oficiales. Con este refuerzo, informó en septiembre, pensaba “expedicionar sobre los facciosos nuevamente rebelados”, solamente que ahora le faltaban víveres para mantener la tropa fuera de la plaza, y lo que pudo hacer eran algunas salidas cortas a fin de impedir que se acercasen los enemigos.<sup>104</sup>

Para los años siguientes, 1818-1820, la correspondencia de José Antonio Rincón ofrece información esporádica sobre la situación bélica en la costa de Veracruz. La represión de los pocos focos de rebelión, que seguían operando en la zona, se hizo cada vez más cruenta. Por ejemplo, como castigo a la finta de Rafael Vergara de solicitar el indulto y luego atacar a Actopan, Rincón ordenó la destrucción de sembradíos y pueblos y la prisión de la población civil, pero sin poder acabar con esta “gavilla”. La falta de tropa suficiente le impidió “perseguir al odioso Vergara que ha excitado toda mi indignación su contumacia”.<sup>105</sup> Este jefe insurgente tuvo un trágico fin, porque murió a manos de su compañero de armas, Rafael Pozos, quien pidió el indulto y ofreció dar muerte a Vergara, “y en efecto cumplió su promesa”, informó Apodaca a Madrid, “lo cual desaprobé por parecerme un hecho poco digno de las armas del Rey, sin embargo de que Vergara tenía bien merecido el fin desastroso que tuvo, así porque era de los más sanguinarios de los rebeldes, como por la perfidia que anteriormente usó[...].”<sup>106</sup>

A 247 ascendió el número de insurgentes indultados, entre ellos 13 “cabecillas”, en las acciones militares de José Barradas sobre los puntos de Arenal y Monteverde, a raíz de las cuales quedó libre el lado izquierdo del camino militar de Jalapa a Veracruz. Muchos, sin embargo, encontraron la muerte en dichos enfrentamientos o fueron hechos prisioneros y pasados por las armas.

<sup>103</sup> Vergara se había posicionado del otro lado del Cerro de la Mancha, ocupando la extensión de costa que media hasta cerca de la Antigua, haciendo movimientos diversos con su gente y, a pesar de que se encontraba muy debilitado por los golpes que había recibido, podía mantenerse debido a la estación de lluvia que impedía su persecución. José Antonio Rincón a Apodaca, Morro de Boquilla, 18 de septiembre de 1817, *ibidem*, p. 394

<sup>104</sup> *Idem*.

<sup>105</sup> José Antonio Rincón a Apodaca, Morro de Boquilla, 1 de febrero de 1818, *ibidem*, p. 399.

<sup>106</sup> Apodaca al ministro de Guerra, México, 31 de julio de 1818, *ibidem*, p. 402.

Entre los jefes insurgentes que pidieron el indulto se encontraba Miguel Méndez, quien “escarmentó a los rebeldes y se portó con mucho valor y decisión” como capitán de realistas en el rechazo de una de las gavillas desprendidas del cerro de Cuyusquihui que atacó a Misantla el 14 de julio de 1818. Este grupo de insurgentes era, en opinión del virrey, el único que había quedado entre la capital y la costa de Barlovento y su destrucción se esperaba en breve. En cuanto a Guadalupe Victoria, Apodaca concluye su informe reportando la persecución incesante de este “cabecilla” por casi la totalidad de las secciones militares de la provincia de Veracruz, por las tropas que se encontraban sobre el camino entre el puerto y Jalapa, así como por las de las villas de Orizaba y Córdoba, de manera que Victoria, “perdidas todas las fuerzas que tenía por la izquierda de dicho camino, huye por los cerros y barrancos con los pocos que lo siguen sin atreverse a emprender cosa alguna”.<sup>107</sup>

Sin embargo, la toma definitiva de la fortificación insurgente en el cerro de Cuyusquihui se logró solamente en abril de 1820 y fue encabezada por José Antonio Rincón. Del diario que llevó de sus acciones militares de la segunda mitad del mes citado se desprende que estaba practicando una verdadera guerra de exterminio de la población civil, aprehendiendo a las familias de los insurgentes, talando sus siembras e incendiando sus casas.<sup>108</sup>

La reconquista de la costa y puntos interiores de la provincia de Veracruz en los meses de noviembre de 1816 a abril de 1820 muestra una serie de aspectos interesantes de la contrainsurgencia. Como en otras zonas del virreinato, Apodaca recurrió al ofrecimiento del indulto<sup>109</sup> como vía de “pacificación”, además de que se intentaron tácticas diversas para atraer al campo realista a la población no comprometida con los rebeldes. Por ejemplo, en su plan de acción propuesto al virrey, el teniente coronel Manuel Rincón, hermano de José Antonio, sugiere “un alistamiento prolijo” en varios pueblos de la costa, “nombrando los oficiales de ellos mismos, conciliando así su fidelidad”, y, aunque no todos podrán ser útiles para el manejo de las armas, su alistamiento les serviría de sujeción e impediría que, “con el pretexto de no ser realistas, abran su comercio con el enemigo, lo traten sin temor [...] y engruesen sus bienes[...]”<sup>110</sup> Sin embargo, los documen-

<sup>107</sup> *Idem.*

<sup>108</sup> Diario que remite al excelentísimo señor virrey, el teniente coronel don José Rincón, de las operaciones practicadas sobre los rebeldes del Cuyusquihui, año de 1820, mes de abril, *ibidem*, p. 433-436.

<sup>109</sup> Bando publicado el 30 de enero de 1817, *ibidem*, p. 293-297.

<sup>110</sup> Manuel Rincón a Apodaca, Jalapa, 7 de octubre de 1816, *ibidem*, p. 261.

tos revelan que, en conjunto, la reconquista de la zona costera de Veracruz se hizo con mucha violencia. El mismo virrey hace hincapié en la necesidad de emplearla, ya que para los rebeldes el control de la costa de Barlovento tenía un alto valor estratégico y su resistencia iba a ser muy grande: “[...] me prometo la pacificación de aquella parte de la Provincia de Veracruz, aunque no se conseguirá sin sangre, pues los facciosos de dentro y fuera del Reino conocen cuánto les interesa para continuar la rebelión el mantener algunos puntos en la costa”.<sup>111</sup>

### *Estrategias de defensa marítima*

Hemos visto con cierto detalle en lo anterior las medidas de erradicación de la insurgencia en las costas novohispanas, esencialmente con la ayuda de las fuerzas terrestres. Un importante aspecto de las estrategias de defensa en el golfo de México durante la guerra era la defensa de las costas con fuerzas marítimas y el control del mar mismo. También son muy abundantes las referencias documentales sobre este tema. En lo siguiente únicamente citaremos algunos casos que muestran los diversos objetivos de la defensa militar marítima: reforzar por el mar a las tropas realistas que atacaban un punto determinado en la costa, como, por ejemplo, la planeada toma de Boquilla de Piedra en 1815; interrumpir las comunicaciones de los rebeldes con el exterior; escoltar a los buques mercantes; perseguir a los corsarios, y tratar de destruir sus establecimientos.

En abril de 1813, Venegas giró órdenes al gobernador de Veracruz para que, conjuntamente con el capitán general de Yucatán y el gobernador de Tabasco e Isla del Carmen, destinasen un número de buques apropiado y establecieran un crucero en dichas costas por las que Morelos buscaba abrir comunicación con los Estados Unidos. Venegas apela al “acreditado celo” del gobernador de Veracruz “que nada omitirá para impedir la expresada comunicación y dejar ilusorias las medidas que para conseguirla puedan haber adoptado los encarnizados enemigos del sosiego público”.<sup>112</sup>

Para impedir los contactos de los insurgentes con el exterior, el cónsul español en Nueva Orleans, Felipe Fatio, propuso un plan de

<sup>111</sup> Apodaca al ministro de Guerra, México, 31 de diciembre de 1816, *ibidem*, p. 258. No obstante, en seguida, el virrey desaprueba la actuación violenta del teniente del hijo de Veracruz, Antonio López de Santa Anna, quien saqueó e incendió al pueblo de Cotaxtla al perseguir una “gavilla de rebeldes[...] destrozándola con considerable pérdida de muertos y heridos y quitándoles varias armas y caballos”. *Idem*.

<sup>112</sup> Venegas a Quevedo, México, 2 de abril de 1813, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 692, f. 41v.

“riguroso bloqueo” de los “puertecitos [...] ocupados por los rebeldes o los piratas”, “prohibiendo todo trato o comunicación con ellos por mar y tierra y la proximidad a ellos de todo buque extranjero, sea particular o de mar y guerra, de cualquier potencia o nación que sea”. Esta disposición debería ser comunicada al gobierno de los Estados Unidos y circular en las gacetas de este país “para que no aleguen ignorancia”. Esta medida impediría el tráfico que hicieran los angloamericanos con los insurgentes en la costa y sus infractores serían capturados por las fuerzas marítimas del rey.<sup>113</sup>

Las numerosas citas en el texto permiten apreciar el temor que tenían las autoridades coloniales a los efectos negativos de los contactos desarrollados por los rebeldes con el exterior, no tanto por la “ayuda efectiva” que pudiesen recibir, sino por el efecto psicológico que tenían las constantes declaraciones sobre la inmensa ayuda del exterior. Calleja no duda en llamar esta seguridad que resultaba de la esperanza de la ayuda externa “uno de los principales apoyos que en el día sostiene la rebelión”.

Otro ejemplo en el mismo sentido es el incidente que ocurrió, a fines de 1811 y principios de 1812, en la costa de Sotavento. Nuevamente se trata de un intento, por parte de los insurgentes, de establecer contacto con el exterior, y la consecuente reacción de las autoridades para impedirlo. Según el comandante de una fragata de guerra inglesa que se encontraba anclada en el fondeadero de la isla de Sacrificios a fines de 1811, José Helmes Coffin, el brigadier Bravo lo fue a visitar y le llevó unos pliegos de Morelos proponiendo la compra de armas. Coffin declaró posteriormente al gobernador que él había respondido tener órdenes de su gobierno de proteger a los vasallos fieles de su majestad católica y de ningún modo a los disidentes, pero que se ofrecía como intermediario en el caso de que quisieran parlamentar. Un insurgente hecho prisionero dio otra versión de este incidente. Según sus declaraciones, el comandante inglés aceptó ganado de los insurgentes y, a cambio, les entregó pólvora. A pesar de que esta última versión no logró comprobarse, el gobernador de Veracruz dio órdenes al comandante de Alvarado para que, “en la corta extensión de la costa que a la sazón había libre”, se practicara la mayor vigilancia y se impidiese la aproximación y desembarco de toda clase de buques mayores y menores. De todas maneras, concluye Quevedo, varios insurgentes presos le habían confirmado

<sup>113</sup> Felipe Fatio a Apodaca, Veracruz, 8 de septiembre de 1816, José R. Guzmán, “Actividades corsarias en el golfo de México”, p. 234-236.

que los cabecillas los tenían alucinados con la vana esperanza de pronto abundantes socorros de Inglaterra y el Norte América, esparciendo y divulgando los confidentes de Morelos esta soñada protección que al cabo conocieron ser supuesta y de que ya casi todos están desengañados por lo que se apresuran a venir a sumarse al legítimo gobierno.<sup>114</sup>

Especial atención en el combate contrainsurgente mereció la ruta de navegación Veracruz-Tampico, por la que se transportaban cantidades importantes de plata y frutos preciosos. Las alusiones a la necesidad de establecer un crucero permanente entre ambos puertos para escoltar al comercio particular son muy numerosas. Pero la escasez de barcos de la marina novohispana impedía a los comandantes locales destinar buques específicamente para este fin. Era necesario pedir a La Habana el envío de éstos, lo que significaba retrasos y poca efectividad en dicha tarea. En junio de 1813, por ejemplo, se encontraban varias expediciones de embarcaciones mercantes detenidas en Tampico, porque el río estaba bloqueado por los piratas de Barataria y ningún buque se encontraba en el puerto “para castigarlos o perseguirlos”. Se solicitaron entonces buques de guerra de La Habana, que deberían traer “armas, municiones, medicinas y demás útiles de guerra que [fueran] posibles de facilitar” con el fin de auxiliar a las Provincias Internas de Oriente.<sup>115</sup> Esta solicitud fue atendida por el capitán general de Cuba, quien envió las goletas *Voladora* y *Floridablanca* “con el objeto de cruzar y limpiar esa parte del Seno de los corsarios que la inundan”.<sup>116</sup>

Por la falta de un crucero permanente en las costas laterales de Veracruz se practicaban escoltas aisladas de las embarcaciones del comercio. Son numerosos los informes de comandantes de barcos de guerra y del comandante de los guardacostas de Veracruz, Francisco Murías.<sup>117</sup> Dadas la dificultades de la Real Hacienda de destinar recursos a la vigilancia de las costas, era frecuente que el comercio de La Habana y Veracruz armara por su cuenta buques para tal fin. En 1817, por ejemplo, el consulado de La Habana tenía cuatro embarca-

<sup>114</sup> José de Quevedo a Venegas, Veracruz, 21 de junio de 1813, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 692, f. 290-295.

<sup>115</sup> Venegas a Juan Ruiz de Apodaca, México, 18 de junio de 1813, José R. Guzmán, *op. cit.*, p. 370-371.

<sup>116</sup> Quevedo a Venegas, Veracruz, 7 de agosto de 1813, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 692, f. 325-326.

<sup>117</sup> José R. Guzmán, “Boquilla de Piedra, Misantla y Nautla en la guerra de Independencia”, p. 232-234, nota 28. Francisco Murías al intendente interino de Veracruz, 26 de diciembre de 1815, AGNM, *Operaciones de Guerra*, v. 696, sin folio.



ciones armadas, dos de ellas dando convoyes y llevando socorros a Panzacola y la Florida, y una que estaba sin reparar después “de un combate bizarro sobre Matanzas, con un pirata de fuerzas superiores”. Pero, se observa en el informe,

a pesar de estos nobles esfuerzos, el Comercio ha sufrido varias deprecaciones. Barcos de España, de Veracruz, de la costa de África y aun de cabotaje se han perdido con ricos cargamentos, en las mismas costas o cerca de ellas; y embarcaciones extranjeras sin distinción de las Naciones han sido insultadas y saqueadas.<sup>118</sup>

El temor a las invasiones proyectadas en repetidas ocasiones desde los Estados Unidos hacia costas novohispanas, como vimos arriba, era otro motivo por el cual los virreyes solicitaban insistentemente al apostadero de La Habana refuerzos de las fuerzas navales del virreinato. A lo largo de los años de 1814 y 1815 y hasta agosto de 1816, las respuestas de Juan Ruiz de Apodaca, entonces capitán general de Cuba, se dilataban muchos meses, a veces eran evasivas, alegando que tal o cual situación de emergencia ya se había desvanecido o, a su vez, contenían peticiones, generalmente acerca del pronto envío del situado para poder atender las solicitudes que le venían desde México. De esta manera, los refuerzos navales desde Cuba llegaban muy esporádicamente, por lo general con retraso y no en el número o clase de embarcaciones solicitadas.<sup>119</sup> En el lapso de tiempo referido, el bergantín *Saeta*, único de guerra que había en Veracruz en estos años, fue apoyado por la fragata *Atocha*, la corbeta *Diana* y las goletas *Floridablanca* y *Ramona*, que Apodaca envió en mayo de 1815 a tierra firme “con el objeto de destruir, apresar e imposibilitar a dichos piratas que obrasen sobre Tampico”.<sup>120</sup> Casi un año después reporta haber mandado en diciembre anterior la goleta de guerra *Galga* y el falucho *San Fernando* para que reconocieran Boquilla de Piedra y la costa hasta el Río Bravo, pero que, al no haber encontrado nada sospechoso, regresaron a La Habana.<sup>121</sup>

En este puerto parece que no se prestaba mucha atención a las súplicas del virrey de la Nueva España o se entendían mal las necesidades de defensa marítima del reino. A mediados del año siguiente, Calleja aguardaba todavía la llegada de las fuerzas navales mencionadas

<sup>118</sup> José Cienfuegos o Alejandro Ramírez a Hacienda de Indias, La Habana, 30 de abril de 1817, José Luciano Franco, *op. cit.*, p. 127.

<sup>119</sup> Cf. correspondencia entre Calleja y Apodaca entre julio de 1814 y agosto de 1816, La Habana, José R. Guzmán, “Actividades corsarias en el golfo de México”, p. 385-417.

<sup>120</sup> Apodaca a Calleja, La Habana, 13 de mayo de 1815, José R. Guzmán, *op. cit.*, p. 390.

<sup>121</sup> Apodaca a Calleja, 17 de abril de 1816, *ibidem*, p. 405.

“que Apodaca tuvo la bondad de ofrecerle” y en espera de las cuales se había diferido una expedición a Boquilla de Piedra por donde los rebeldes “introducen armas, proclamas subversivas, efectos prohibidos y mantienen su correspondencia con los facciosos de mar en fuera”.<sup>122</sup>

En mayo de 1816, una real orden prescribe el traslado de la fragata *Efigenia* y de un bergantín de Cartagena de Indias al Seno Mexicano, ya que

el sumo desamparo en que se halla éste y el importante puerto de Veracruz ha llamado la soberana atención de S. M. a consecuencia de lo que ha representado el virrey de Nueva España por el conducto de la Secretaría del despacho de Guerra, manifestando la absoluta necesidad de que se envíen dos fragatas y dos bergantines con el objeto de cruzar sobre aquellas costas de modo que aseguren la recalada de nuestros buques de comercio e impedir cualquier tentativa de parte de los Corsarios insurgentes en algunos puntos de las mismas, con tanta más razón cuanto a que se sospecha pueden prestarles protección los Anglo Americanos y por último defender el tráfico y comercio que se hace por Tampico cual es de las platas y frutos preciosos interin siga inco-municable el camino de México en su ruta [...]<sup>123</sup>

El gran problema que representaba para la defensa marítima de la Nueva España su dependencia de La Habana, sede de las fuerzas navales de España en América, se hace patente, finalmente, en una de las últimas cartas de Calleja, dirigida a Apodaca como capitán general de Cuba. El virrey se refiere en ella a noticias recibidas de los Estados Unidos sobre “las maquinaciones [...] de los enemigos del Rey y del Estado contra estos dominios” que le servían de gobierno y que “cada vez más deben persuadir a V. E. de la necesidad de destinar fuerzas navales sobre las costas de Veracruz, no sólo para interrumpir el curso de la correspondencia y proyectos que tienen sobre aquel Puerto y Tampico, sino también para proteger el comercio nacional obstruido con la multitud de corsarios y piratas que infestan el Seno”.<sup>124</sup>

En ocasiones aparecen noticias de encuentros exitosos en el combate de la piratería en el golfo de México.<sup>125</sup> También se prepararon va-

<sup>122</sup> Calleja a Apodaca, México, 30 de junio de 1816, *ibidem*, p. 403-404.

<sup>123</sup> El capitán general de Cuba, José Cienfuegos, al intendente Alejandro Ramírez, La Habana, 27 de septiembre de 1816, haciendo referencia a la real cédula del 27 de mayo del mismo año, José Luciano Franco, *op. cit.*, p. 69-70.

<sup>124</sup> Calleja a Apodaca, México, 12 de agosto de 1816, José R. Guzmán, *op. cit.*, p. 417.

<sup>125</sup> En un informe de La Habana se reporta que el bergantín almirante logró rendir y echar a pique un corsario-pirata de 44 hombres. José Cienfuegos al ministro de Hacienda de Indias, La Habana, 30 de abril de 1817, José Luciano Franco, *op. cit.*, p. 127.

rias veces expediciones para destruir los establecimientos de los corsarios en Galveston y Matagorda, pero, como hacen entender los mismos responsables de estas empresas, para su “feliz” desarrollo no había, en el caso de La Habana, “el acuerdo que convendría entre estos jefes de tierra y mar”,<sup>126</sup> al mismo tiempo faltaba una coordinación más efectiva entre las autoridades civiles y militares de este puerto y las de la Nueva España.

Entre las estrategias de defensa de la corona en el golfo de México no sólo figuraban las acciones militares terrestres y marítimas que vimos con anterioridad, sino que los diferentes funcionarios reales desarrollaron también otras, de carácter más bien político. La enorme ramificación y ubicuidad de los corsarios, contrabandistas y fuerzas militares externas, dispuestas a invadir el virreinato, dificultaron mucho su erradicación por la confrontación militar directa e hicieron necesario construir toda una red de contraespionaje con el fin de tratar de frustrar los planes de los insurgentes y sus aliados antes de su ejecución.

Figuras clave en la lucha contrainsurgente en el exterior, que incorporaron el espionaje a la diplomacia, eran el ministro plenipotenciario de España ante el gobierno de los Estados Unidos, el caballero Luis de Onís, y sus cónsules, asentados en los principales puertos de la Unión. Tenían a su servicio un “ejército” de informantes que muchas veces provenían del propio campo de los insurgentes y que operaban en Filadelfia, Baltimore, Norfolk, Nueva Orleáns, etcétera, es decir, en todos los lugares en los que se estaban fraguando planes antiespañoles. Nueva Orleáns, sobre todo, era un nido de agentes, espías y contraespías que hacía muy peligrosa la actuación de figuras de ambos campos. Para la monarquía trabajaba, por ejemplo, el padre capuchino José Antonio Sedella, del que existen varias cartas muy ilustrativas del ambiente conspirativo que prevalecía en aquel puerto. Pero el mismo Sedella fungía como hombre de confianza de los rebeldes y sus aliados, como también el venezolano Mariano Picornell y el cubano José Álvarez de Toledo, en los que finalmente nadie pudo confiar.

Entre los informantes de los funcionarios españoles en los Estados Unidos, que se caracterizaban por su oportunismo y la voluntad de hacer prevalecer intereses personales sobre grandes causas comunes, podemos mencionar a cuatro oficiales españoles que habían venido con Xavier Mina a Baltimore, donde se separaron de él por una disputa que habían tenido durante la travesía. Con el fin de obtener algún dinero y poder sobrevivir en los Estados Unidos, se presentaron ante el cónsul español en aquel puerto, dando toda la información

<sup>126</sup> *Idem.*

que se les pidiese sobre la expedición y, de paso, pintando a Mina en los términos más negativos posibles.<sup>127</sup>

Pero tampoco Onís y sus cónsules estaban seguros de las infiltraciones e interceptaciones. En varias ocasiones el ministro se vio en una situación muy embarazosa por la pérdida de pliegos oficiales a manos de los insurgentes. En 1816 fue interceptada correspondencia del ministro que el gobierno de Cuba entregó a un español y éste dio al chileno Carrera, “jefe de los insurgentes”, quien la llevó al secretario de Estado y pidió permiso para su publicación. Las cartas salieron efectivamente en todas las gacetas de la Unión, en las que se pintaba a Onís como un “maquiavélico y asesino” que había puesto al lado de Mina a un tal Correa para que lo asesinara.<sup>128</sup> En marzo de 1817, Onís solicitó que se mandara el correo de La Habana en un paquebote, porque los insurgentes tenían dadas órdenes a sus cruceros de que visitasen todos los barcos americanos y exigiesen los pliegos del ministro y dirigidos a él, de manera que no había recibido correspondencia de la isla durante cinco meses.<sup>129</sup>

Por lo demás, la situación del ministro Onís en Filadelfia era difícil, no sólo porque en las negociaciones del tratado de paz, amistad y límites con el gobierno de Estados Unidos se veía enfrentado a la soberbia y a los agresivos designios expansionistas de este país, sino porque sus penurias financieras lo colocaban a él y a sus cónsules al borde de la “pérdida de decoro”. El situado de 50 000 pesos anuales que debía recibir la legación española en Filadelfia desde México, vía La Habana, en ocasiones demoraba años. En el ínterin, Onís y su personal se veían en la necesidad de recurrir a complicados manejos de libranzas, pero cuyo incumplimiento de pago los ponía en situaciones insostenibles.

A mí me parece —escribe en una de las muchas ocasiones al intendente Ramírez— que con el objeto de que los empleados de S. M. no se vean en el bochorno de ser conducidos a una cárcel, sería muy propio del celo de V. S. que ínterin que el Sr. Virrey de México remite algunas cantidades para ir saliendo aquí de los atrasos que todos padecemos, se encargase esa Intendencia de pagar los sueldos venideros de los Cónsules que sólo ascienden a 4 500 pesos cada tres meses. Esta corta cantidad cada tres meses en nada puede perjudicar a los intereses de esa Isla y estos infelices podrían cobrarlos ellos mismos por su cuenta

<sup>127</sup> Pablo Chacón a Luis de Onís, Baltimore, 15 de agosto de 1816, *ibidem*, p. 49-52.

<sup>128</sup> Onís a Ramírez, Filadelfia, 9 de diciembre de 1816, *ibidem*, p. 79-82.

<sup>129</sup> José Cienfuegos a Alejandro Ramírez, La Habana, 2 de mayo de 1817, *ibidem*, p. 124-125.

y riesgo en virtud de mis libranzas sin gasto ninguno por parte de S. M. Por lo que toca a esta embajada, al secretario, agregados y gastos más esenciales podría V. S. destinar otros cinco mil pesos cada tres meses para ellos, a fin de que pudiésemos sostenernos con algún decoro y servir a S. M. con el interés y celo que exige el bien de la Monarquía.<sup>130</sup>

En un carta personal, Onís sostiene aun que

la revolución de México, el enjambre de corsarios que asolan a nuestro comercio, y tal vez la guerra con este país que será consecuencia de ellos, hubiera yo podido paralizarlos si me hubiera hallado con caudales, pero tanto se ha escaseado y de tal manera se ha prostituido el crédito de la Nación que me he visto y me veo con las manos atadas para servir a S. M. [...] <sup>131</sup>

La culminación de los planes contrainsurgentes promovidos desde afuera fue la propuesta que hicieron los hermanos Pedro y Juan Lafitte<sup>132</sup> al intendente Ramírez para la “erradicación definitiva” de los corsarios y rebeldes del golfo de México. En marzo de 1817 enviaron a un hombre de confianza, el ingeniero Lacarrière Latour, con instrucciones y una carta de recomendación del padre Sedella ante las autoridades de La Habana para que presentase su singular propuesta. Ésta consistía en ofrecer “limpiar el Seno mexicano” de manera que en seis meses no quedase ningún corsario en él. A cambio pedían tierras en Cuba y el permiso de instalarse en la isla. Para la realización de su plan, en un primer momento, sólo pedían que se enviara a Nueva Orleans a un individuo de confianza que sirviese de intermediario. En su propuesta hacen gala de sus amplias influencias, no sólo entre

<sup>130</sup> Onís a Ramírez, Filadelfia, 22 de septiembre de 1816, *ibidem*, p. 68.

<sup>131</sup> Onís a (?), Filadelfia, 12 de septiembre de 1816, *ibidem*, p. 57.

<sup>132</sup> Los hermanos Lafitte eran franceses, pero de parte materna de origen español. Se habían iniciado en el corso durante las guerras revolucionarias en el mar de las Antillas y, desde fines de la primera década del siglo XIX, operaban desde la isla de Barataria, que estuvo bajo su control hasta 1814, cuando tropas norteamericanas expulsaron a los grupos de piratas asentados en ella. Desde Barataria, los Lafitte habían prestado ayuda a Nueva Orleans durante la guerra angloamericana, abasteciendo a la ciudad con artículos de primera necesidad. Tenían gran influencia en la misma, pero también entre los grupos de aventureros que practicaban el corso en el golfo y el mar Caribe y de los que muchos habían salido a los cruceros bajo sus órdenes. Poseían una flotilla que se componía de varias decenas de corsarios; después de su expulsión de Barataria operaban desde Nueva Orleans mismo o desde Galveston, donde tenían que compartir el mando con otro francés, el comodoro Luis Auy, aliado de los insurgentes mexicanos. Cf. J. Ignacio Rubio Mañé, *Los piratas Lafitte, México*, Editorial Polis, 1938, y Harris Gaylord Warren, *The Sword was their Passport, a History of American Filibustering in the Mexican Revolution*, Washington, Nueva York, Londres, Kennikat Press.

la comunidad de corsarios, sino también entre los miembros de una supuesta asociación que, con Filadelfia como centro de operaciones, estaba planeando un levantamiento general de los esclavos negros en Cuba.<sup>133</sup>

Entre las diferentes vías para destruir a los corsarios en el seno mexicano, los Lafitte presentan como la única viable la de tratar de atraer a estos individuos, ahora excluidos de la sociedad, a la vida tranquila del campo, donde se harían vasallos útiles dedicados a la agricultura. Apelan al sentimiento antiamericano de esta gente que habría que aprovechar, a pesar del consentimiento o autorización que recibe su conducta en aquel país.

#### CONSIDERACIONES FINALES

La investigación precedente concibió el golfo de México, con sus costas e islas, como vasto espacio de operaciones de los insurgentes mexicanos y sus aliados externos y, como contrapartida, de puesta en marcha de planes y estrategias contraofensivos por parte de las autoridades y mandos militares de la monarquía española. El trabajo permitió ver cómo en el golfo y sus litorales se formaron en la coyuntura bélica independentista complejas redes de intereses, de alianzas e intrigas en las que participaron individuos de muchas nacionalidades. En este amplio contexto situamos el estudio de las costas laterales de Veracruz. La intensa lucha por el control de muchas de sus poblaciones, a lo largo de la segunda década del siglo XIX, se explica por el interés de los insurgentes de disponer de puertos y puntos de desembarque para impulsar el comercio marítimo, el abastecimiento desde afuera y para tener bases operativas incluso con miras a una invasión y, por el otro lado, por la necesidad imperial de impedir tales actividades.

Las características específicas del espacio costero y marítimo del golfo, en el que operaban los insurgentes, hicieron posible desarrollar diferentes formas de ataque: se incorporaba el corso como importante arma para hostilizar a los españoles; en los dilatados y poco vigilados litorales se encontraban múltiples puntos de entrada para hombres, mercancías, armas y provisiones; las islas y parajes despoblados se convertían con facilidad en refugios, almacenes y bases para todo tipo de operaciones.

Un elemento espacial de importancia, que propiciaba la actividad de los rebeldes y sus aliados, era la falta de definición de fronteras en

<sup>133</sup> Franco José Luciano Franco, *op. cit.*, p. 91.

los territorios al norte y occidente del golfo. Los límites de la Luisiana y de las Floridas se discutían entre los gobiernos de España y los Estados Unidos en un largo proceso de negociaciones, al mismo tiempo que la soberanía indefinida de estas tierras atraía a aventureros, muchos de ellos europeos desarraigados y exiliados después de las guerras revolucionarias y napoleónicas, que se involucraban con facilidad en las empresas de los patriotas americanos.<sup>134</sup> Otro factor que intervenía en favor de los insurgentes era el interés estadounidense de negociar la cuestión de límites con un país debilitado. Así, a pesar de las reiteradas manifestaciones de dar a España el trato de nación amiga, el gobierno de los Estados Unidos toleró en muchas ocasiones las actividades de los insurgentes hispanoamericanos en las tierras limítrofes y aun de su jurisdicción. El expansionismo territorial, así como intereses comerciales de sus ciudadanos, explican esta tolerancia y a veces fomento de la participación de hombres de diferentes naciones en expediciones marítimas y terrestres (vía adquisición de esclavos ilegalmente introducidos, venta de armamento a insurgentes, equipamiento de barcos corsarios).

La documentación que se analizó en el trabajo demostró, por otra parte, que las diferentes actividades “subversivas” que desarrollaban los “enemigos de España” se combinaban y se practicaban al mismo tiempo: hacerse de recursos vía saqueos de barcos mercantes, introducir armamentos al virreinato, fomentar la entrada y salida de emisarios; planear y preparar empresas de conquista. También se pudo apreciar que la expedición de Xavier Mina tuvo un impacto muy grande en todos los movimientos de los insurgentes y realistas en los años de 1816 y 1817. Las noticias sobre los preparativos, las fuerzas, los posibles destinos de la invasión preparada por el español ocuparon un amplio espacio en la correspondencia de funcionarios civiles y militares de España en el virreinato, Estados Unidos y La Habana, al mismo tiempo que despertaron grandes esperanzas entre los rebeldes.

La lucha por el control del territorio costero de Veracruz a lo largo de los años de 1812 a 1820 revela también grandes obstáculos. Habría que mencionar en primer lugar la incomunicación en una costa tan extendida y el calor y la humedad que afectaba a las tropas y sus jefes.<sup>135</sup> Son muy frecuentes las alusiones a enfermedades tropicales a

<sup>134</sup> Sobre la conformación de la frontera norte de la Nueva España y la presencia de aventureros de diversas nacionalidades en Texas, consúltese Virginia Guedea, “Autonomía e independencia en la provincia de Texas. La Junta de Gobierno de San Antonio de Béjar, 1813”.

<sup>135</sup> Una real orden emitida el 1 de abril de 1815 —año crítico para los realistas en Veracruz— muestra las dificultades de contar con tropas aclimatadas en la costa. El documento menciona la urgente necesidad de remitir “a ese reino los residuos de los cuerpos de





las sucumbían las fuerzas militares insurgentes y realistas. Estos últimos conocían impedimentos adicionales, como, por ejemplo, el desconocimiento del terreno. El fracaso del coronel Márquez, en su primer intento de tomar Misantla y Actopan, se debía a esta causa. La espesura de los bosques, los caminos intransitables en los meses de julio a septiembre, dificultaban además la realización de acciones rápidas por parte de las tropas realistas en su persecución de los rebeldes.

Como balance final de la documentación analizada en este trabajo podemos decir que la insurgencia y la contrainsurgencia en las costas veracruzanas revestían carácter especial. Los contactos con el exterior permitían a los “enemigos del orden establecido” el acceso a ayuda material y humana de simpatizantes externos con su causa, mientras que los realistas tenían que afrontar estrategias de ataque muy peculiares que afectaban vías de comunicación terrestres y marítimas de enorme importancia.

México y Puebla, en el concepto de que esta tropa ya aclimatada después de tantos años en las Antillas, es la que debe reforzar la guarnición de esa plaza, escoltar sus convoyes, y aun mantener la comunicación con Perote cuando se acabe de establecer una vía militar cual corresponde”. Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, t. IV, p. 162.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS